Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXII | San José, Costa Rica | **1931** | Sábado 16 de Mayo | Núm. 18

Año XII. No. 538

SUMARIO

Mirabeau o El Político

=Del folleto *Tríptico*.—I. Mirabeau o El Político. *Revista de Occidente*. Madrid. 1927.=

(Véase la entrega anterior)

IV

Convocados los Estados Generales, Mirabeau busca en su Provenza natal electores. Va a Aix y a Marsella, donde se percata de las dimensiones que ha adquirido su popularidad. No obstante, sus congéneres los nobles de Provenza, con una hipersensibilidad de ayudas de cámara, quieren evitar la contaminación de su presencia y le excluyen del estado noble. Mirabeau no se inmuta. Pocos días después se producen graves revueltas en Marsella, tan graves, que el Poder público se declara incapaz de reprimirlas, y entonces los nobles de Marsella recurren a Mirabeau, el revolucionario, excluído de sus rangos por sus «opiniones subversivas del orden público y atentatorias a la autoridad real». ¿Qué hará Mirabeau cuando se le pide que vaya a Marsella para corregir, contener y castigar al pueblo mismo que poco antes le aclamaba y cuya adhesión era su única fuerza? Mirabeau es el político por la gracia de Dios, el hombre de Estado nato, y no duda un momento. Va a Marsella, y sin perder un minuto, organiza a jóvenes burgueses y obreros en una milicia ciudadana que impone pronto el orden. Mirabeau permanece cuatro días seguidos sin dormir. Pacificada Marsella, brota la revuelta en Aix, y Mirabeau sale a galope sin tomar descanso, hacia la villa de cuya nobleza ha sido borrado. Mirabeau será elegido representante del Tercer Estado por el Departamento de Aix.

En la primera sesión de los Estados Generales se forma un vacío en torno al lugar donde Mirabeau ha tomado asiento. Es un apestado. Pocos días después es el conductor de aquel rebaño turbulento. Gracias a él, el trabajo parlamentario toma una dirección y un orden. Él mismo hará frente, con una capacidad de labor verdaderamente legendaria, a todos los asuntos. Para ello necesita sostener una oficina con numerosos secretarios. Pero Mirabeau sigue impecune. Ocupado en la cosa pública, mal puede atender a su privado presupuesto. Sin embargo, vive, y mantiene su hueste de colaboradores, y produce, y crea. Es una obra de magia. La gente recelará subvenciones inconfesables, y cada movimiento de su táctica política será atribuído a alguna simonía. Como nadie sabe nada concreto, se construye imaginariamente la historia de su venalidad. ¿No es el más rico y el más ambicioso hombre de Francia el duque de Orleáns? Mirabeau se ha vendido al duque de Orleáns. Pero he aquí que el conde de la Mark, testimonio irrecusable por su carácter y posición, nos dice que mientras se acusaba a Mirabeau de haberse vendido a la arca más repleta de Francia, Mirabeau, tímidamente, iba a pedirle prestados unos luises. Pero entiéndase bien: no rehusaba el oro de Orleáns por razones de virtud íntima. Mirada según su óptica moral, esta pulcra renuncia significaría una inmoralidad y una estupidez. No tenía derecho a entorpecer su acción pública por darse el gusto de mantener una pulcritud privada. No pidió dinero al duque de Orleáns porque este personaje le parecía incompatible con su política. La venalidad de Mirabeau—esto es lo esencial—fué siempre articulada con la trayectoria de su táctica política, y no era más que un ingrediente de ésta.

La política de Mirabeau era una política clara. Tan clara, que el Continente no ha podido seguir durante todo un siglo otra política que la anticipada genialmente por él. Ahora bien: una política es clara cuando su definición no lo es. Hay que decidirse por una de estas dos tareas incompatibles: o se viene al mundo para hacer política, o se viene para hacer definiciones. La definición es la idea clara, estricta, sin contradicciones; pero los actos que inspira son confusos, imposibles, contradictorios. La política, en cambio, es clara en lo que hace, en lo que logra, y es contradictoria cuando se la define. Recuérdese el dicho de Einstein a propósito de la geometría, que es un puro sistema de definiciones. «Las proposiciones matemáticas, en cuanto tienen que ver con la realidad, no son ciertas; y en cuanto que son ciertas, no tienen que ver con la realidad.» La física se parece mucho a la política, porque en ambas lo real ejerce su imperativo sobre lo ideal o conceptual.

La política de Mirabeau, como toda auténtica política, postula la unidad de los contrarios. Hace falta, a la vez, un impulso y un freno, una fuerza de aceleración, de cambio social, y una fuerza de contención que impida la vertiginosidad. El impulso en 1789 era la nueva burguesía y su credo racional; el freno era el pasado de Francia, resumido en la autoridad Real. Con motivo de la Declaración de los Derechos, la magnífica definición abstracta en que fructifican dos siglos de razón pura, Mirabeau dijo: «No somos salvajes recién llegados de las riberas del Orinoco para formar una sociedad. Somos una nación vieja, tal vez demasiado vieja para nuestra época. Tenemos un Gobierno preexistente, un Rey preexistente, prejuicios preexistentes. Es preciso, en lo

Va a comenzar la campaña electoral,

Por *Bagaría*.



EL VIEJO POLÍTICO.—¡¡Para qué hablaros de mis ideales!! ¿No los sabéis de memoria?
UNO DEL PÚBLICO.—De sobra.
—Pues bien: dos solas palabras voy a pronunciar: «He dicho.»

posible, acomodar todas estas cosas a la Revolución y salvar la subitaneidad del tránsito». ¡La subitaneidad del tránsito! ¡Admirable expresión, que condensa todo el método político y diferencia a éste de la magia! (1) El revolucionario es lo inverso de un político: porque al actuar, obtiene lo contrario de lo que se propone. Toda revolución, inexorablemente—sea ella roja, sea blanca—, provoca una contrarrevolución. El político es el que se anticipa a este resultado, y hace a la vez, por sí mismo, la revolución y la contrarrevolución.

La Revolución era la Asamblea, que Mirabeau dominaba. Necesitaba también dominar la Contrarrevolución, tenerla en su mano. Necesitaba el Rey. De aquí su afán por penetrar en Palacio. Pero los conservadores—Rey, aristocracia—son también definidores, como los radicales, y sentían repulsión hacia Mirabeau. Es probable que los desastres subsiguientes se hubiesen evitado aceptando la idea simplísima de Mirabeau: unión de Palacio y Asamblea en un Ministerio de representantes. Los radicales hicieron imposible esta decisión decretando la incompatibilidad del cargo de Ministro con el de diputado.

Cegado este camino llano de llegar a Palacio, tuvo Mirabeau que tomar el tortuoso y secreto. Esta fué la famosa venta que de sí hizo el grande hombre. El sueldo que debía, por derecho histórico, por obligación superior, haber recibido como ministro, lo recibió como consejero privado. Con el dinero, lo primero que hizo este apasionado lector fué comprar la mejor biblioteca de Francia, la biblioteca de Buffon.

Poco después, el 2 de abril de 1791, Mirabeau moría por una inflamación del diafracma. Luego, vino el diluvio.

Si oteamos esta vida con mirada de psicólogos, veremos destacarse luminosamente ciertos rasgos constantes. Primero, la impulsividad. Para Mirabean, vivir era responder inmediatamente con un acto a la excitación que del contorno recibía. Reflexiona después de hallarse fuera de sí, comprometido en la acción. En quien no es impulsivo, el pensamiento precede al acto; es decir: se hace cuestión del acto mismo, anticipándolo en forma de idea. Esto trae consigo que el acto no se decida y ejecute sino cuando ha sido aprobado en tanto que idea. Como las relaciones entre las ideas son muy complicadas, el no impulsivo, el reflexivo, decide casi siempre no actuar. Mirabeau no se hacía cuestión de sus actos sino después de hallarse en ellos, y su pensamiento atendía sólo a perfeccionar la ejecución. Segundo, el activismo. Consecuencia de la impulsividad es que se necesite constantemente la acción. Como Mirabeau decía de sí mismo, sólo podía vivir «una vida ejecutiva». Vivir, para él, no es pensar, sino hacer. ¿Qué? Lo que se pueda: raptar una dama, arreglar las salidas del Franco-Condado, ya que se está en la cárcel cerca de ellas; escribir farsas a la señorita Julia, atacar a los agiotistas, reprimir motines, organizar el Estado y, si no se puede otra cosa, copiar, copiar páginas de libros. Todo menos soñar; es decir: imaginar que se hace algo sin hacerlo. Almas así sienten profunda repugnancia a esa suplantación del acto que es su imagen o idea, su espectro.

Tenía veintiséis años cuando, encarcelado en el fuerte de Goux, escribió a su tío estas líneas: «Los tiempos se regeneran, la ambición es hoy permitida. Salvadme, es lo pido, de esta fermentación terrible en que me encuentro, que podría destruír el efecto producido sobre mí por las reflexiones y las desdichas. *Hay hombres que es preciso ocupar*. La actividad, que lo puede todo y sin la que nada se puede, tórnase turbulencia cuando carece de empleo y de objeto.»

Esta confesión revela hasta qué punto sentía en su propio interior la necesidad de actividad. En la inercia, su torrencial activismo le ahogaba. He aquí lo más característico de todo grande hombre político.

El intelectual no siente la necesidad de la acción. Al contrario: siente la acción como una perturbación que conviene eludir, y sólo, cuando es forzosa, a regañadientes y de mala manera, ejecutar. Se complace, por el contrario, en intercalar cavilaciones entre la excitación y la actuación. Hay hombres que es preciso no ocupar en nada, y éstos son los intelectuales. Esta es su gloria y tal vez su superioridad. En última instancia, se bastan a sí mismos, viven de su propia germinación interior, de su magnífica riqueza íntima. El intelectual de pura cepa no necesita de nada ni de nadie, porque es un microcosmos. La mujer, que es tan perspicaz en materia de secretos vitales, entrevé esta fiesta maravillosa que es el alma de un puro intelectual, esta constante diversión y *feerie* que acontece en una mente meditabunda. La entrevé, y por eso quiere asomarse más, abrir la cabeza del intelectual, como se abre una bombonera, y asistir al espectáculo secreto de las ideas danzarinas. Como no lo consigue se enfada y pide al Tetrarca, como Salomé, que le decapite, y es ella la que danza con la cabeza llena de danzas.

Hay, pues, dos clases de hombres: los ocupados y los preocupados; políticos e intelectuales. Pensar es ocuparse antes de ocuparse, es preocuparse de las cosas, es interponer ideas entre el desear y el ejecutar. La preocupación extrema lleva a la apraxia, que es una enfermedad. El intelectual es, en efecto, casi siempre, un poco enfermo. En cambio, el político es—como Mirabeau, como César—, por lo pronto, un magnífico animal, una espléndida fisiología.

La moral. psicológicamente, representa una preocupación, puesto que implica la detención de nuestras impulsiones hasta determinar si son debidas o indebidas. En el hombre normal, el acto no se dispara tan rápidamente después de deseado que no deje tiempo para hacerse cuestión moral de él, para preguntarse si es bueno o malo, para ver su cariz ético. Pero imagínese el funcionamiento de un alma impulsiva: su primer momento no es de ver ese cariz del acto, sino de comenzar desde luego su ejecución. Hay, pues, mucha injusticia en llamarle inmoral por haber querido aquel acto incorrecto. ¿Es que lo ha querido; es decir: que ha habido un instante en que lo ha visto, en que se ha colocado ante él *contemplativamente?* Eso es lo que hace el intelectual, el moral: contemplar sus propios actos. Por eso suele no ejecutarlos. Pero el impulsivo no se anda en contemplaciones. En él lo primario es ya el operar. Desde un punto de vista moral, lo único que cabe exigirle es que se arrepienta después de la acción consumada, ya que sólo entonces le es dado contemplarla.

No acusemos, pues, de inmoralidad al gran político. En vez de ello, digamos que le falta escrupulosidad. Pero un hombre escrupuloso no puede ser un hombre de acción. La escrupulosidad es una cualidad matemática, intelectual: es la exactitud aplicada a la valoración ética de las acciones. Si se examina con cuidado la vida de Mirabeau, de César, de Napoleón, se ve que la presunta maldad no es sino la inevitable falta de escrupulosidad aneja a todo temperamento activista y, por tanto, impulsivo. El mundo antiguo, que iba en todo hasta las últimas consecuencias, cuando decidió ser escrupuloso—en el estoicismo—tuvo que elegir como norma suprema la *epoje*, la inacción.

V

La vida de un grande hombre político cambia de aspecto en el momento en que empieza a actuar como hombre público. En el cauce de la publicidad, de dilatadas riberas, parece aquel torrente vital ganar sus propias dimensiones y con ello un curso de ritmo magnífico, fértil y majestuoso. Entonces el contemporáneo o el lector de la biografía comienza a aplaudir: le entusiasma la audacia, la infatigabilidad, la eficiencia de todos sus actos y gestos, la entereza inmutable con que aguanta el insulto y resiste el ataque, la presencia de espíritu con que gobierna su persona en medio de la tempestad política. Pero este entusiasmo tardío es un poco vil: se alaba el fruto después de haber denigrado la semilla. El contemporáneo o el lector de la biografía son injustos con la juventud del grande hombre político, que es semilla y raíz de su madurez fructuosa. Se quiere ignorar que no ha esperado para ser hombre público a que llegue la hora de su popular epifanía, sino que lo fué desde luego, y que la turbulencia y absurdo sesgo de su mocedad provienen precisamente de que siendo ya, por su constitución orgánica, hombre público, tuvo que moverse en el angosto molde de la vida privada. En Napoleón se nota menos esta dolorosa contracción juvenil porque vive inscrito en el esquema de la disciplina militar, donde un rápido ascenso permitía la expansión graduada de su temple. Sin embargo, una breve demora de uno de estos ascensos produce en él tal depresión, que resuelve, según comunicó a un íntimo, desertar del Ejército francés y pasar a Turquía a fin de fundar allí un reino. Este fundador de reinos imaginarios en Turquía era a la sazón un pobre oficial, de uniforme traspillado, de cuerpo enfermo, de rostro verdoso y agudo, como el de una fuina, si no recuerdo mal, mancillado por una sarna tenaz. Lo normal es, sin embargo, que el cachorro de grande hombre político tenga una juventud revuelta y atropellada, a veces tangente de la botaratería. Así Temístocles, Alcibiades, César, Mirabeau. La última Edad Media vió esto mejor que nosotros y creó un género literario aparte para cantar la prehistoria tumultuosa de los grandes hombres. Llamóselo «mocedades»; así *Les enfances Guillamce*, *Las mocedades del Cid.*

Todas esas excelencias que se revelan en la hora ilustre suponen genio, ciertamente; pero también un substrato de ciertas condiciones orgánicas que aisladas parecen monstruosas. Tales son la impulsividad, el activismo e inquietud constantes, la falta de escrupulosidad. Sobre éstas va a caballo el genio; sin esas capacidades psicofisiológicas, que son como fuerzas brutas y poderes elementales—demoníacos, diría un antiguo—, no hay grande hombre político. La historia lo ve desde luego como estatua ecuestre, y así hace gran figura; pero en su juventud fué ya caballero a horcajadas sobre el aire, y fué potro suelto sin caballero. Las

(1) También aquí se advierte la semejanza con la física. La gravedad de Newton es un resto de magia, porque actúa súbitamente, sin duración de tránsito. Toda la nueva física—la relativista—se propone evitar la subitaneidad del tránsito.

piezas de la estatua ecuestre, antes de ajustarlas, son dos imágenes monstruosas.

Cabe no desear la existencia de grandes hombres, y preferir una humanidad llana como la palma de la mano; pero si se quieren grandes hombres, no se les pidan virtudes cotidianas.

La escrupulosidad es una forma de bondad; pero no es la única. Y hay incongruencia en exigirla al hombre de acción, que es de acción porque es impulsivo. En la acción hay que evitar el *piétinement sur place,* y esto es el escrúpulo. Sólo podemos reclamar en el hazañoso una bondad homogénea con su temperamento: esta es la otra forma de bondad, la bondad impulsiva, que no resulta de una deliberación, como la escrupulosidad, sino de la sanidad nativa de los instintos. Ahora bien: es interesante observar que esta sanidad de instintos, esta generosidad ubérrima brota en todas las biografías de grandes políticos, y permite diferenciar al falso del auténtico, Sylla, de César.

Tampoco debe extrañarnos la afición a la farsa que revela la vida de Mirabeau. Una y otra vez le sorprendemos mintiendo descaradamente. Al intelectual de casta le sobrecoge siempre ese don de la mentira que posee el gran político. Tal vez, en el fondo, envidia esa tranquilidad prodigiosa con que los hombres públicos dicen lo contrario de lo que piensan, o piensan lo contrario de lo que están viendo con sus propios ojos. Esta envidia descubre ingenuamente la virtud especifica del buen intelectual. Su existencia radica en el esfuerzo continuo por pensar la verdad y una vez pensada decirla, sea como sea, aunque le despedacen. Este es el máximum de acción que al intelectual corresponde: una acción que es, en rigor, una pasión. El hombre de pensamiento no puede, no debe aspirar a otra forma de heroísmo que al martirio. El mayor triunfo es el naufragio para este perpetuo navegante sobre Gólgotas, de tres palos como los bergantines.

Recíprocamente, al gran político le maravilla ese heroico servicio a la verdad que informa la vida del buen intelectual. Esta mutua admiración de dos temperamentos contrapuestos es simpática, como todo lujo generoso; pero se funda en un error. Cada uno de ambos proyecta sobre el otro su propia constitución y al ver que en él da resultados contrarios, atribuye éstos a un esfuerzo gigantesco. Pero la verdad es que ni la mentira cuesta nada al político, ni la veracidad al intelectual. Una y otra manan naturalmente de su distinta condición.

El intelectual vive, principalmente, una vida interior, vive consigo mismo, atento a la pululación de sus ideas y emociones. Nada en el mundo tiene para él realidad comparable a esas cosas íntimas. Por lo mismo, las ve y las distingue con inevitable claridad. Sabe en cada instante lo que piensa y por qué lo piensa. La idea verdadera y la idea falsa acusan terriblemente ante la mirada interior sus contrarios perfiles. Es natural que mentir le suponga un enorme esfuerzo, porque tiene que negar lo innegable, tiene que cegar su propia evidencia, suplantar su realidad íntima por otra ficticia.

El hombre de acción, en cambio, no existe para sí mismo, no se ve a sí mismo. El ruido de fuera, hacia el cual su alma está por naturaleza proyectada, no le deja oír el rumor de su intimidad. Falta está de atención y cultivo, anda desmedrada. Sorprende notar que todos los grandes hombres políticos carecen de vida interior. No es paradoja decir que no tienen personalidad. La tienen sus actos, sus obras; pero no ellos. Por esta razón—el fenómeno es muy curioso—no son interesantes. Para convencerse de ello basta informarse del sumo juez en materia de hombres interesantes: la mujer. ¿No es extraño que los grandes hombres políticos, al fin y al cabo los grandes triunfadores de la vida, dueños del poder, de la riqueza, corporalmente destacados y aureolados sobre el resto de los varones, no hayan conseguido nunca, nunca, valiosos triunfos sobre la mujer? Ni siquiera César puede ser considerado como una excepción.

El caso de Mirabeau confirma plenamente esta regla. Su sensibilidad le inducía sin descanso hácia la mujer. Su audacia y su rumbo verbal le permitían cazar rápidamente la hembra predispuesta a ser cazada. Pero este tipo de cazador de mujeres no tiene nada que ver con el verdadero seductor. Son distintos ellos y son distintos los tipos de mujer sobre que actúan. Una cosa es conseguir favores de una mujer, y otra absorber íntegramente su alma. La que es capaz de hacer favores suele ser incapaz de entregar su alma, y viceversa. Esta última es la mujer interesante, la que vive hermética, cerrada en su íntimo recato, y que no puede conceder nada si no concede su vida entera. Salvo madama De Nehra, que era una niña, Mirabeau no conoció más que faldas, faldas, muchas faldas.

Esta carencia de vida interior da a la existencia privada del gran político un cariz de relativa vulgaridad, de basteza. Ni sus ideas ni sus gustos son precisos, originales, refinados. Mirado desde la óptica de un intelectual, el hombre de acción vive en constante *à peu prés* íntimo. Poco más a menos, le es todo igual, porque le parece irreal. Lo importante para él son los actos. Cuando miente, en rigor no miente, porque no está adscrito íntimamente a nada determinado. Las palabras, y dentro de ellas las ideas, son para él tan sólo instrumentos. De otro modo: él no es sus ideas, cuando las finge no se niega, porque él no consiste en ellas. Viceversa, no acertará a ver la realidad íntima de los demás; sólo percibirá de ellos su facción utilizable. «Yo no puedo excomulgar a nadie—decía Mirabeau—. En verdad, todo me parece bien: los sucesos, los hombres, las cosas, las opiniones; todo tiene un asa, un agarradero.» La expresión es certera: el grande hombre político todo lo ve en forma de asa.

¡Bueno fuera que, obligado a resolver conflictos exteriores, llevase también en su interior conflictos! Por fortuna, existe lo que yo llamo un cutis de grande hombre, una piel de paquidermo humano, dura y sin poros, que impide la transmisión al interior de heridas desconcertantes. También habría incongruencia en exigir al político una epidermis de princesa de Westfalia o de monja clarisa.

Impulsividad, turbulencia, histrionismo, imprecisión, pobreza de intimidad, dureza de piel, son las condiciones orgánicas elementales, de un genio político. Es ilusorio querer lo uno sin lo otro, y es, por tanto, injusto imputar al grande hombre como vicios sus imprescindibles ingredientes.

Pero claro está que no basta poseer éstos para ser un político de genio. Es preciso agregar el genio. Cuando éste falta, aquellas potencias no producen más que un mascarón de proa. Nada, en efecto, es más fácil de aparentar que la grandeza política. A la postre, si un intelectual no tiene ideas, no logrará fingir, por lo menos fingir bien, su intelectualidad ausente. Pero el gran político, y el que no lo es, se presentan igualmente con el poder público en la mano. Su atuendo, su detalle, son los mismos para las miradas torpes.

¿Qué signos diferencian en esta materia la autenticidad de la ficción? Algunos, algunos hay; pero es difícil describirlos, e intentarlo excede mi pretensión.

Lo discreto, de todos modos, es no hacerse ilusiones, por lo mismo que en política es tan fácil hacérselas. Yo, a ratos, logro convencerme de que soy un Napoleón porque, como él, no tengo más que sesenta pulsaciones por minuto. La confusión en mi caso no es grave, porque soy tan sólo un escritor.

José Ortega y Gasset

(Concluirá en el próximo cuaderno)

Poetas nuevos del Brasil

=Traducciones y selección de ALBERTO GUILLÉN.
Del libro *Antología de la Nueva Poesía Brasileña*=

Las manos

Tus manos parecen abanicos quebrados,
y en ellas hay un misterio como una sombra en el agua.

Yo adoro tus manos silenciosamente.
Las adoro como reliquias, abanicos quebrados,
sueños que no se pueden soñar más...

La boca

Tu boca es sinuosa y fresca,
y, cuando hablas, yo sonrío lejos, lejos.

Mis ojos te oyen cuando tú hablas.

Y yo sueño que soy una playa sin mancha
donde tu boca posa y bate las alas bermejas.

Tu cuerpo

Tu cuerpo ondula como un junco dócil,
y es débil, leve como si volase.

Tus pies son inútiles como dos flores.

Tu cuerpo es un junco nuevo.
Mi deseo es el viento que lo mece.

Y mis brazos se abren sin tocarlo
como un círculo en el agua...

Vértigo

Las golondrinas juegan a la ronda,
luminosas como piedras en el azul redondo.

Y la ronda se va abriendo
en el círculo de oro del crepúsculo.

Biografía del músico

El pequeñín nació en el morro aniquilado de sambas
bebió leche condensada
soltó cometas de tarde
aprendió el nombre de todos los donatarios de capitanía
agotó los criollos de la Ciudad Nueva
bostezó años y años en el Conservatorio
no sacó medalla de oro
desgraciado
porque no tenía recomendación.

un astro más que despunta en el horizonte del
arte nacional
se puso zapato camuflage terno de ajedrez
casó con la hija del almacenero de la esquina
que se parecía con Carlos Gómez
hizo diversas músicas imitando el gorgeo de los pájaros
murió víctima de pertinaz dolencia
que se burló de los recursos de la ciencia
al entierro comparecieron personas de destaque
llevando palmas con sentidas dedicatorias
llegando al cielo los angelitos de pantalón largo
y de corbata mariposa
dieron un concierto de ocarina donde figuraba la
octava nota
y él se desmayó de conmoción.

Murilo Mendes

Religión

Usted sabe mi Dios
lo que son esas cosas...

La gente se olvida después de tánto tiempo!

Ya no sé más rezar...

Cuando pasaba frente a su casa
yo oía su queja en mí
y huía.

Yo no quería encontrarme con usted!

Hoy no sé qué me empujó
dentro de su iglesia.
Entré.

Habría rezado si supiese,
me habría confesado,
habría dicho así:
como para un amigo del pecho:
«Yo soy un sujeto endemoniado!»

Y si usted insistiese un poquito,
yo le habría contado todo todo,
hasta esa cosa
que no le cuento a nadie!

Sergio Millet.

La linda historia que mis ojos contaban

El día amaneció hoy de buen humor.
Amaneció humilde como la lana de las ovejas.
Amaneció expansivo como las hilanderas
que tejen las manadas de nubes,
y cuentan historias de hadas
a los hombres que se levantaron.

Y las palmeras rasgan en el cielo
sonrisas alegres.
Y los lagos se quedan atentos,
como las pupilas verdes de una chiquilla rubia.

Yo no oí lo que hablaba el día de buen humor,
porque mis ojos
contábanme la linda historia
de tu imagen melancólica.

Al caer la tarde

Creyente pasa, canturreando frente a mi casa.
Pasa canturreando un cántico de ala,
aún caliente de la ternura de su nido.

Pasa frente a mi casa
cuando salieres de la iglesia.
Tus ropas huelen
a las rosas maceradas de los altares
y dejan mi puerta perfumada.

Creyente pasa, canturreando frente a mi casa
para que mi alma quede embriagada
de la alegría de tu cántico,
como la puerta de mi casa se embriaga
con el aroma de rosas de tu ropa.

Francisco Karam.

Infancia

Mi padre montaba a caballo, se iba para el campo.
Mi madre se quedaba cosiendo.
Mi hermano pequeño dormía,
Yo solo, pequeñito entre las mangueras
leía la historia de Robinson Crusoe,
larguísima historia que no acaba más.

Al medio día blanco de luz, una voz que aprendió
a arrullarnos lejos del traspatio y nunca se olvidó
llamaba para el café.
Café tan negro que ni la negra vieja,
café sabroso,
café bueno.

Mi madre se quedaba cosiendo,
mirando hacia mí:
—Pish... No despierte al niño.
Para la cuna donde se posó un mosquito.
Y daba un suspiro... qué hondo!

Allá lejos mi padre cabalgaba
en el matorral sin fin de la hacienda.
Y yo no sabía que mi historia
era más bonita que la de Robinson Crusoe.

Iniciación amorosa

La hamaca entre dos mangueras
se columpiaba en el mundo profundo.
El día caliente, sin viento.
El sol, allá encima, las hojas en el medio,
el día era caliente.

Y como no tenía nada que hacer vivía enamorando
las piernas morenas de la lavandera.

Un día ella vino a la hamaca,
se enroscó en mis brazos,
me dió un abrazo.
me dio sus mamilas
que eran sólo mías.

La hamaca volcó,
el mundo se hundió.

Después fui para la cama,
fiebre de 4o grados, fiebre.
Una lavandera inmensa, con dos tetas inmensas
giraba en el espacio verde.

Carlos Drumond de Andrade

Poemas pueriles

Cae la tarde.
En mi corazón
cae el canto de las cigarras.
En el crepúsculo
lleno de luz
veo el fino y triste coqueiro,
tan solo en el fondo del jardín.

Yo también me siento
tan sola
después de que él se fué.

———

La orquesta enmudeció
y con ella
mi corazón.

———

Alguna cosa falta aquí.
Sí:
las zapatillas
que él ponía aquí.

———

Corazón, ratoncito
que roe
la vida entera.

———

Vestido todo blanco,
con flores y velo.
Primer vestido largo.
(Primera comunión!)

———

Noches de San Lorenzo.
Los sapos dicen:
Cua! Cua!
Vagan luciérnagas
y un violón,
tan triste,
traduce mi corazón.

———

Gatito está enojado.
¿Para qué sirven las uñas
si no cazó
el ratón?

Wanda Muso.

(Traducción y envío de *Alberto Guillén*)

Instantáneas Neoyorquinas

= *Envío del autor* =

Acerca del tomito de versos que con este tituto ha publicado recientemente en Nueva York el escritor Luis C. Sepúlveda, colombiano de cepa y neoyorquino por superposición, se me ocurren varias cosas que voy a tratar de decir lo mejor que pueda.

Sea la primera que hay diversas razones para que estos apuntes quedaran inéditos en vez de salir por ahí en letra de molde. La mayor, y por cierto de bastante peso, es que el ministerio de la crítica, por modestamente que se ejerza, supone cierta autoridad. No sólo carezco de ella sino que, además, milita en contra mía en este caso el más completo desconocimiento de la materia criticable. Lo que escriben los poetas novísimos, y Sepúlveda pertenece a la escuela, me parece tan fuera de cuanto estuve acostumbrado a mirar como poesía que me deja turulato y sin que pueda tomarle el gusto. Y no es cuestión de fondo, no, señor. Todo el achaque está en la forma, tanto interna como externa. Es, acudiendo al socorrido expediente de las comparaciones, como oír un valse arreglado al ritmo del *jazz;* o ver, convertida en película cinematográfica, una novela en la concepción y desarrollo de la cual no entró para nada el concepto acelerador, el afán de movimiento que preside en lo que han dado en llamar el séptimo arte.

Pues, siendo así, ¿quién me mete donde no me han llamado?

De una parte, el deseo natural que impulsa al espectador a palmotear cuando lo que pasa en la escena provoca en él conformidad que halla en ese acto su medio más cómodo de expresión; de otra, la comezoncilla de contradecir, también en letra de imprenta, algo de lo que en letra de imprenta dicen Sepúlveda y su prologuista el señor de Oteyza.

La existencia de un núcleo de población latinoamericana en Nueva York ha creado, como era natural que sucediese, un alma colectiva que sin dejar de ser nuestra no es la que en rigor puede llamarse tal. Había que esperar que esa alma tendiera a expresarse; que buscara en el ambiente diario y no en sus reminiscencias patrias el motivo de lo que ha de ser una literatura escrita en castellano y pensada y sentida en criollo de Nueva York. Ser una de las primeras, en cuanto a mí se me alcanza, la primera obra en la que el fenómeno se hace patente, constituye en mi sentir, una de las notas de mayor interés que tiene el libro de Sepúlveda.

Pero mal haría quien engañado por el título del libro o por lo que acerca del libro dice en la introducción el señor de Oteyza creyera que, en efecto, son estas *Instantáneas Neoyorquinas* el poema de Nueva York. Ni de Nueva York vista como tal ni tan siquiera de la Nueva York latinoamericana dan los versos del escritor colombiano impresión cabal y cumplida. En cambio, reflejan con poética fidelidad, acaso fuera mejor decir con fotográfica despreocupación, los aspectos de Nueva York ante los cuales se detuvo el autor, más bien como kodak indiferente que como hombre capaz de juzgar y de sentir.

En la delectación con que se retrata a la Wall Street adonde,

con la urgencia
de la escasez sin decoro,
los pueblos traen su independencia
y la cambian por oro;

al *Central Park* de las expansiones veraniegas, a la *Riverside* del amanecer en que todo

hace temer un nuevo fracaso
de la Ley Mann;

al *Speakeasy*, la taberna clandestina a la cual

entra un policía
que ni exige ni infunde respeto

y que *«para que se cumpla la Constitución»*

se toma un aguardiente
y cobra su comisión,

se echa de ver luego, lo mismo que en casi todas las páginas del libro, que quien lo escribió no canta una ciudad sino busca, por deliberado o inconsciente propósito, cuanto en esa ciudad haya de monstruoso o de grotesco o de ridículo para complacerse en copiarlo.

De ahí tomo yo asidero para negar a *Instatáneas Neoyorquinas* la calidad de poema de Nueva York que quiere ver en el libro el señor de Oteyza: porque la condición épica, indispensable en obra de ese carácter, pediría que fueran todas las cuerdas de la lira, no solamente las que van ajustadas al tono menor de lo epigramático, las que entraran en juego. Nueva York sentida poéticamente en su totalidad dará, más que ninguna otra ciudad americana (digo *american*, no simplemente estadounidense o yanqui), la visión profética, continental, de la América de lo por venir; que será, no lo dudemos, una América en la cual quede contestada negativamente la pregunta de Rubén Darío: Tantos millones de hombres, ¿hablaremos inglés?

¡No! Pese a los Moncadas y los Olaya Herreras, la América que mora del Río Bravo para abajo seguirá hablando, lo que es más, pensando y sintiendo y obrando en romance castellano y portugués. Lo cual no ha de impedir, antes contribuirá, a que se entienda con la que mire la vida y la exprese en lengua diversa. El panamericanismo, en lo que guarda de americanidad (y digo de nuevo que *americano* no es simplemente estadounidense o yanqui), exprime el sentido de nueva solidaridad internacional, supernacionalista, que halla en América, tierra espiritualmente nueva y sin inhibición de petrificaciones históricas, arcilla más modelable que la europea. Por de contado, no en la América estadounidense de Wall Street ni en la criolla de los presidentillos cuya visión de estadistas no mira a los propios pueblos sino a los empréstitos y a las misiones técnicas.

Contemplada en la superficie, nuestra América latina da grima, ya lo sé. Pero cuando se ahonda un poco, cuando se viene en cuenta de que bajo la costra hedionda de sus gobiernos y de su *gente decente* y su prensa invertebrada hierve un nacionalismo, mejor dicho, un latinoamericanismo fragmentado a que sirven de centros provisionales de cohesión las respectivas nacionalidades, llámense México, Colombia o Bolivia, no son motivos para abatirse y desesperar sino para elevar muy alto los corazones y esperar cosas muy grandes lo que se le brinda a uno.

El poeta que cante a Nueva York, como el que abarque cualquier tema americano (por tercera vez he de hacer la advertencia de que *americano* no ha de tomarse en el sentido monroísta que limita la extensión del término a lo meramente estadounidense o yanqui), será, si la canta como cumple, vate, esto es, hombre poseído del numen, varón que asienta los pies en lo presente y está traspasando con la mirada lo futuro. Futuro americano, en este caso nuestro porvenir, que por serlo no siente nostalgias de servidumbre colonial, que es la esencia de las gravitaciones hacia Madrid, *meridiano intelectual de Hispanoamérica:* ni anhelos de sometimiento al concepto estadounidense de la cultura y de la vida, que es el quid de la emprestomanía y las misiones técnicas que reorganicen la hacienda pública y la economía nacional desnacionalizándolas, orientándolas hacia el rol de dependencia estadounidense.

La poesía americana, en suma, será, como tal, esencialmente afirmativa, cantará lo presente como signo de la América en gestación.

¿Quiere decir todo esto que las *Instantáneas Neoyorquinas* caigan fuera de la americanidad?

No ha sido tal mi intento; ni me parece que se llegue a tal conclusión al juzgarla según lo que antecede. Sepúlveda es un escritor, un poeta, no un vate ni un apóstol. Anda harto metido en lo cotidiano, por algo sobresale como cronista, para que le quede tiempo de considerar, si no es en son de burla superfialísima, al *hombre integral* del militante José Vasconcelos. Y como lo presente es triste, Sepúlveda, que no siente como elegíaco ni tan siquiera como satírico, halla en el epigrama, en la burla que no edifica, el camino más fácil para desahogarse.

Esta tendencia negativa de las *Instantáneas Neoyorquinas* no resulta contraria sino antes bien va muy apareada con el entusiasmo de Sepulveda en el único arranque épicolírico del libro: el de las páginas en que canta a *Broadway la Maravillosa,* aunque no sin advertirnos, por vía de aclaración, que la calle que así lo entusiasma no es calle de los Estados Unidos sino Broadway no más. Todo lo cual, buceando un tantico, me da pie para preguntar si en el manifiesto afán de buscar sólo sombras, manchas, fealdades, bajezas en el panorama neoyorquino y en el fervor amante sentido ante Broadway no habrá que ver los dos polos opuestos en torno a los cuales gira una tragedia íntima que no es solamente de Sepúlveda sino de todo latinoamericano que, sin dejar de serlo, se arraiga en los Estados Unidos: la tragedia de ser y de sentirse a un tiempo mismo parte de lo que nos devora y carne y huesos de lo devorado. De donde nace la propensión a mirar únicamente cuanto haya de malo y de torpe en lo yanqui, y aquel no poder uno excusarse de querer lo yanqui, aun cuando sea en la forma pasiva de sentirse a gusto en medio de ello.

No podía percatarse de esto el prologuista de *Instantáneas Neoyorquinas,* para quien, como español al cabo, es el alma latinoamericana con sns angustias y vacilaciones y esperanzas de la hora presente alma ajena, a que sólo le une la mentira de «la madre España y sus hijas de América». De ahí que se regodee con el «problema del mestizaje» y el «golpe potentísimo» que dizque da Sepúlveda en *Little Italia.*

Ambas composiciones son, la que acabo de mencionar y la que lleva por título *116th. Street,* notas falsas, páginas desafortunadas, que sólo en cuanto veamos a las *Instantáneas Neoyorquinas* como libro en que se busca sólo el enfocar el aspecto deforme o ridículo o grotesco pueden tolerarse. Y aun así, yo, que estimo y quiero a Sepúlveda y que soy, como él, latinoamericano, las arrancaría.

Esta calle ciento dieciséis de Nueva York tendrá

> *whisky barato, coca y marihuana,*
> *inglés bajo y español soez;*
> *juego de la bolita y rumba cubana:*

habrá, no uno, centenares de fonógrafos de los que salgan canciones que como el *Ay, mamá Inés* sean música salida del alma o de la carne de nuestros negros o de nuestros indios; se encontrará en ella mucho malo (también se encuentra mucho bueno): pero esa calle rebelde a la disciplina, bulliciosa, alegre, irrespetuosa, desprendida, imprevisora... somos nosotros mismos, es decir, nuestra América, la América MESTIZA, la de los pueblos que van de México hasta la Argentina, en los cuales, por desgracia nuestra, hay todavía gentes empeñadas en tapar lo de indio y lo de negro que tenemos para decir que somos pueblos blancos o casi blancos. ¡Pueblos enteros es lo que es menester que seamos, pueblos que no renieguen de su propia sangre, que tengan la hombría de verse tales y como son y de querer afirmarse dentro de lo que son, que en ello, no en aspirar a caricaturas de europeos o de yanquis está el secreto de la futura grandeza!

Y esto me recuerda algo que no hay por qué no cuente aquí, como es lo que pasó en no sé cuál congreso panamericano de periodistas, en el cual una de las delegaciones del Sur daba la lata a todas horas con el estribillo de que «su país» era una república 90 % blanca; hasta que a los colegas mexicanos se les ocurrió acabar con la impertinencia diciendo en voz alta que el pueblo de México era **ciento por ciento mexicano.**

En cuanto a *Little Italia,* esa

> *barriada donde el mestizaje*
> *está produciendo al hombre integral,*
> *que armado de astucia, de fuerza y coraje.*
> *es un Al Capone en el bandidaje*
> *o un Doctor Giannini en el Capital,*

también hay que mirarla no sólo en lo deforme; necesario es verla como a algo nuestro, no en el sentido próximo de la sangre, mas sí en el sentido del alma. Esa latinidad que tanto sulfura a algunos españoles es hecho cierto en nuestra América, que si por la sangre es mestiza, por la cultura o el asomo de ella es latina, neolatina pero no exclusivamente española.

La obra literaria, cualquiera que fuere, no nace como un hongo. Tiene antecedentes, no ya personales sino dentro del organismo representado por la literatura de que forma parte. Buscando parentesco a Sepúlveda en las letras colombianas, se le hallan sin esfuerzo alguno con dos poetas, muerto ya para la vida de la carne el uno; que aun no ha dejado esta prisión de las almas el otro; son José Asunción Silva, el Silva de las *Gotas Amargas* antes que el de los *Nocturnos,* y Luis Carlos López.

En cuanto al primero, vayan dos muestras.

Se trata de un incendio:

Las llamas circundan un viejo edificio;
de arriba se lanzan niños y mujeres.
Samuel, el judío de aspecto patricio,
contempla la hoguera de cosas y seres,
y dice a su amigo Jacob, el rabino:
—Negocio redondo. Aquí está el seguro.
¿Qué opinas?
—Que es grande el Destino
y benigno el Dios de Israel...
Y luego se fué comentando:
—¡Qué cosa sencilla!
¡Con una cerilla
salió del apuro
el pobre Samuel!

La multitud que llena una calle sigue con ojos curiosos las evoluciones de un aviador,

el ron-ron del aeroplano desciende
como una bronca sobre la acera.
La curiosidad general hace un compás de espera
y un deseo se enciende:
—Si se cayera!

Por lo que hace al autor de *Hongos de la Riba* y *Posturas difíciles*, aparte el pormenor de la arbitraria fragmentación del endecasílabo, que es achaque de pura métrica o mejor aún de pura composición tipográfica en muchos casos, está la *postura difícil* del hombre que, por no llorar, hace piruetas ante lo que le intristece. Lo cual es nota común en López y en Sepúlveda.

El Luis C. de las *Instantáneas Neoyorquinas*, como su tocayo mi conterráneo el de Cartagena, se distingue, además, por saber mirar muy bien y copiar mejor los aspectos físicos de la vida. Veamos si no este apunte que entresaco de *Speakeasy:*

Cortando la lumbre amarilla
que irradia de la bombilla
eléctrica,
un rayo de luz solar
tiende su cuerda tesa,
y sobre ella el polvo empieza
a danzar
su danza epiléptica.

Para concluir (en lo cual me hago fuerza, pues metido ya en baza hallo que de este libro habría de apuntar muchas cosas más), *Instantáneas Neoyorquinas* es obra con que Sepúlveda consigue una de las dos cosas que son índice seguro para medir el valor del libro o escrito que tenemos entre manos: hacernos sentir que estamos en un todo conformes con él o despertar en nosotros la urgencia de contradecirlo. Lo último me ha sucedido a mí. Y creo que lo uno o lo otro le suceda a todo lector; de donde se desprende que, al leer a Sepúlveda, no habrá perdido el tiempo

Dmitri Ivanovitch

Nueva York, noviembre 1930.

Bibliografía titular

(Registro, extractos y referencias de los libros y folletos que se reciben de los Autores y de las Casas editoras)

De la Colección Universo es el tomo I:

Boris Lavrenef: *El Séptimo Camarada* (Novela de la Rusia bolchevique). Trad. de Jorge Carrera Andrade. Editorial Cervantes. Barcelona. 1930.

Del traductor son estos renglones con que acompaña los tres ejemplares que tuvo a bien mandarnos:

Barcelona, 20 de Marzo de 1930.

A Joaquín García Monge,
San José.
Mi querido Maestro:

Espero sea de su agrado esta traducción de *El Séptimo Camarada*, de Boris Lavrenef. Lavrenef es uno de los jóvenes novelistas rusos más destacados. Sus obras son leídas con interés en Rusia y en Alemania. Hasta hoy estaba inédito en castellano. Yo quiero que se conozca como se debe a tan grande escritor.

En *El Séptimo Camarada*, Lavrenef trata de pintar el drama de la clase media intelectual rusa que, colocada entre el dilema de perecer aplastada por la Revolución o cooperar con ella, prefiero esto último, con la esperanza de días mejores. El problema interior del General Adamof lo ha experimentado casi toda la burguesía mundial. En el fondo de todos nosotros hay esa lucha entre el pasado y el porvenir. Quizas la obrita sea de su agrado.
Su adicto amigo,

Jorge Carrera Andrade

A las ediciones Hoy, Madrid, nos hemos referido ya en términos laudatorios.

De tales ediciones hemos recibido las dos últimas:

John Reed: *Hija de la Revolución y otras narraciones.* Traducción del inglés por Manuel Pumarega.

Alejandra Kolontay: *La mujer nueva y la moral sexual.* Versión española de María Teresa Andrade.

Cortesía de los autores:

Arturo Uslar Pietri (3, rue Beethoven. París, XVIe.): *Las lanzas coloradas.* Zeus. Madrid.

Del mismo autor: *Barrabás*, y otros relatos (Cuentos). Editorial Elite. Caracas. Venezuela. 1928.

En *Las lanzas coloradas*, Uslar Pietri describe los caracteres, los sentimientos, el paisaje y los hombres de la primera y más terrible guerra de Bolívar, «la guerra a muerte».

Carlos B. Quiroga (Sarmiento 779. Buenos Aires. Rep. Argentina): *Los animalitos de Dios.* Buenos Aires. 1930.

Habla el autor: «De la observación directa sobre animales, con no pocas experimentaciones originales, pasó a los textos de ciencias naturales. Como siempre quedaban algunos claros que llenar, acudió a otras fuentes de información. Consultó a los criollos que viven en los campos y conviven con los animales a los que el libro se refiere, amén de otras fuentes de información. Así, pudo conocer datos curiosos que calla, por ignorados, la ciencia».

Agustín Venturino, nos remite desde Río Janeiro (28 marzo, 1931) esta obra suya: *Sociología General Americana.* (Estudio experimental hecho en 15 países del Continente) Editorial Cervantes. Barcelona. 1931.

Teresa María Llona, de Lima, nos envía: *Celajes.* (Viñetas de Romero Escacena,) Madrid. 1930.

Carlos Préndez Saldías (Casilla 124 D. Santiago de Chile): *Cielo extranjero.* (Abril. Noviembre, 1929.) Santiago, Chile.

Angel Aller: *Romance del Gaucho Perdido.* Tres jornadas en pos de Espinola. Aguas-tintas de Méndez Magriños. Dibujos de Rafael Argelés.

Cuadernos de Cartel. Montevideo. Uruguay.

José G. Antuña, del Uruguay, desde París: *Figuras y crónicas de la paz.* Editorial Le Livre Libre. París. 1930.

Dedicatoria: «A mi Patria, en el Centenario de su constitución política. A las Naciones de la América Hispana, las que, a pesar de su confusión orgánica, pueblan un continente de paz.

Epígrafe de la obra: «La Paz no es el Nirvana, sino lucha constante.»

Breve antología peruana. Seleccionada por Alberto Guillén. Editorial Nascimento. Santiago de Chile. 1930.

Sergio Roberts (Casilla 3777. Valparaíso, Chile): *La canción aventurera.* Novela.

Horacio Espinoza Altamirano, de Guatemala: *El Libro del Ciudadano.* Doctrinas jurídicas contemporáneas. La instrucción cívica como disciplina fundamental de cultura. Mensaje de fraternidad y de fuerza para la juventud centroamericana. Abril de 1930. Guatemala, C. A.

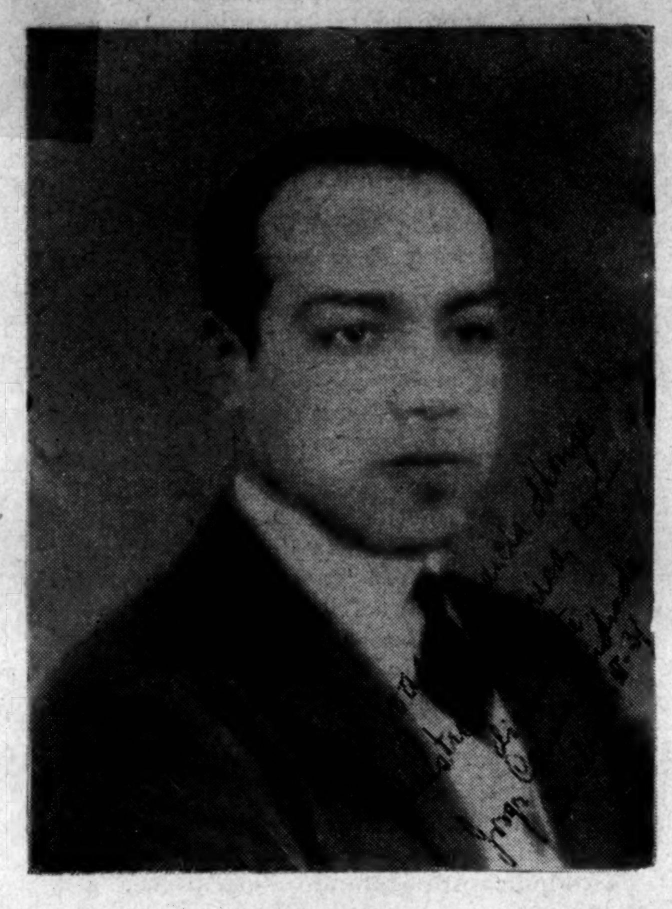
Julio César Ford (s/c: Maux 2438. Buenos Aires. República Argentina): *Rocío.* Buenos Aires. 1930.

Fabio Fiallo: *Las mejores poesías.* Editorial Cervantes. Barcelona.

De Jerónimo Aguilar Cortés, de Managua, Nicaragua: *Ramón Díaz* (Novela original. Abril de 1931) y *Apuntes para una Antología.* 1925.

Extractos y otras referencias de estas obras se darán en ediciones posteriores.

Opiniones sobre el libro Boletines de Mar y Tierra *de Jorge Carrera Andrade*



C'est Gabriela Mistral qui nous présente ce jeune poéte équatorien, à la fois raffiné et primitif, ouvert aux courants les plus européens et penché aussi sur la terre de son pays avec en lui quelque chose de trés indien qui fait qu'on peut le comparer á cet autre Indien génial: Rubén Darío.

Il y a dans son récueil, trois parties qui donnent trois aspects différents de sont talent. D'abord, le Cahier de la Mer, poëmes du voyáge, de la découverte, de la joie de partir á l'aventure:

Les villes se parlaient le long de l'air.
Je découvris l'homme. Alors
je compris mon message.

C'est un Carrera Andrade qui nous fait un peu penser á Supervielle. Le Cahier de Terre procéde de la même technique: Nous y trouvons pareillement un souffle lyrique, rythmé, contrêlé, chargé d'images dures et fortes. *L'Homme de l'Equateur sous la Tour Eiffel*, *Biographie*, etc., sont des poëmes parfaitement réussis. La deuxiéme partie: Microgramas, est composée de délicieux Haï-kaï dont voici des exemples:

GRAIN DE MAÏS

Tous les matins,
dans le jabot du coq
chaque graint de maïs devient
un épi de chants.

CE QU'EST L'ESCARGOT

Escargot:
petit métre en ruban,
avec lequel Dieu mesure les champs.

La troisiéme partie, Cahier de Poëmes indiens, nous apporte la violente saveur de la tierre équatorienne. Ces quelques poëmes, pleins d'images tourmentées, de brusquerie, d'émotion contenue, d'exaltation, sont parmi les meilleurs du recueil. Dés maintenant, nous pouvons placer le nom de Jorge Carrera Andrade parmi ceux des jeunes poétes hispano-americains les plus interesants á suivre.

Georges Pillement

(La Revue de l'Amerique Latine, Paris.)

Jorge Carrera Andrade debuta con un libro: *Boletines de mar y tierra*, persiguiendo las cuatro—¿cinco?—orientaciones principales de la poesía en América, desde el poema sin poesía para las masas, hasta el hai-kai y el poema indigenista. Dos o tres de sus hai-kai (*Nuez:* cerebro de duende paralizado por la eternidad, y *Caracol:* mínima cinta métrica con que mide el campo Dios). Pasarán a la antología de los mejores hai-kai americanos que debe reunir José Juan Tablada.

B. Ortiz de Montellano

(Contemporáneos. México.)

Jorge Carrera Andrade es ecuatoriano. Su libro *Boletines de mar y tierra* (Barcelona, Cervantes, 1930), responde a la reacción antirubeniana, que iniciada en la Argentina contemporáneamente a nuestro ultraísmo (1921), ha tardado mucho más en producirse en algunas regiones del Ecuador y del trópico. El libro de Carrera Andrade es un libro del tipo ultraísta-creacionista, sin que esta precisa catalogación estorbe al conocimiento de su alta calidad lírica. Libro que siente la *fruición de la geografía* y abre sus itinerarios líricos desde Ultramar a Barcelona, sin olvidar—y esto es todavía una vaga presión rubeniana—el canto a París. Tiene un aguda intención lírica Carrera Andrade. Es un hábil cazador de imágenes; un gran catador de sensaciones que transforma en lirismo irreal. Esa elevación supersensorial es precisamente su clave de salvación angélica. Cuando la objetividad aparece—por ejemplo, en *Encuentro de Barcelona* (página 49)—, su valor lírico decae visiblemente. En cambio, las imágenes íntimas, sugeridas por la presencia del mar, contienen un hondo perfume poético. Al mar está dedicada la primera parte del libro. («Con sus alforzas de vidrio—giraba el mar redondo». Y en seguida:

Ancla: Trébol de hierro
te arrojó el capitán al continente antiguo.
Vi las torres cargadas con sus sacos de nubes
y las gruas cigüeñas
con su cesta en el pico.

Tierra. La ciudad. La torre Eiffel. Un motivo lírico persistente: las ventanas

La ventana nació de un deseo de cielo.
y en la muralla negra se posó como un angel.

En varios poemas el invierno es cantado sin melancolía, con un ágil juego de metáforas.

La tierra viaja en invierno al polo.
La caida de las plumas de los ángeles
anuncian los termómetros.

(Temperaturas.)

¡Abajo el monopolio primaveral de flores!
Los carteles se amotinan
y la lluvia de finas bayonetas
alinea sus primeros escuadrones.

(Boletín del mal tiempo.)

Los *Microgramas* que siguen en el libro me han hecho pensar en algunas *nanas* de Alberti; también en algún poema de *los Bestiaires* de Apollinaire. Quizás Carrera Andrade permanece, con todo, más doctamente poético. He aquí —fina muestra—el *Colibrí:*

El colibrí
aguja tornasol
pespuntes de luz rosa
da en el tallo temblón.
con la hebra de azúcar
que saca de la flor.

Cierra el libro un *Cuaderno de poemas indios*. He buscado con verdadera curiodad el hecho diferencial de lo específicamente indo-hispánico. ¿Acaso esa infantilidad imaginativa:

Angeles: polluelos
de la Madre María?

O, ¿es simplemente la presencia de vocablos locales el *color local?* La distinción—fondo, forma—interesa. Hay, además, como una angustia, flotando en el aire; angustia de raza de color, oprimida. Escenas de lucha social y de muerte. Intención política que si alguna vez desvirtúa, en otros lugares, la pureza lírica del libro, aquí forma parte de la agonía poética que encierra. El poeta ha quemado todos sus castillos de fuegos artificiales para prender una hoguera de pasión auténtica.

Guillermo Díaz Plaja

(La Gaceta Literaria. Madrid.)

Huelga

(Inédito)

Guardias civiles a caballo.
Con sus quillas al aire
los tranvías náufragos.

Carros de piedras:
los adoquines son el pan de las huelgas.

Tajan la luz los sables.
Los ojos de los caballos fotografían la calle.
Los hombres mueren bajo los árboles.

Cada casa encendió una luz
con miedo y con esperanza.
El viento cartero de la tarde
halló las puertas cerradas.

Cerca del Distrito Quinto
perdió una cinta escarlata
el guardia civil herido.

La noche se tendió en el suelo
con su tricornio de sombra
y su capote de silencio.

En las plazas de Barcelona
bailaban los edificios
una sardana arquitectónica.

Jorge Carrera Andrade.

Barcelona, Diciembre de 1930.

Shelley, el predestinado

= Seguimos publicando el magistral ensayo de **Francis Thompson** en la traducción que para *Repertorio Americano* ha hecho **Hipólito Mattonel**. Las primeras dos partes se publicaron en las entregas **3** y **15** del tomo en curso. =



Es cierto que Shelley compartió la suerte de casi todos los poetas contemporáneos suyos, en cuanto no fué apreciado. Como ellos, sufrió a manos de críticos que constantemente le trasquilaban los rizos alborotados a la poesía con las tijeras de sus sarrosas reglas; críticos que no podían ver que una rama literaria proyectara fuera del nivel de su día sin cortarla de tajo con una crítica torcida; críticos que indomablemente mantenían, en el desfiladero que conduce a la fama, los «cánones establecidos» que poeta tras poeta había venido acribillando. Pero rehusamos creer que un poeta del calibre de Shelley pueda haberse sentido seriamente lastimado por carecer de boga. No es que supongamos que haya encontrado consuelo en esa insensata superstición del «aplauso de la posteridad». Posteridad, ¡posteridad!, posteridad que va a Roma, llora tamañas lágrimas, y graba bellas inscripciones, sobre la tumba de Keats; y el gusano tiene que retorcerse para dar gentilmente gracias por todo eso, puesto que el pobre chico muerto, dondequiera que esté, tiene otro ropaje que atender. ¡Y por más que sean las lágrimas, jamás un solo hueso menos seco!

El poeta tiene que ser, hasta cierto grado, camaleón, y alimentarse de aire. Pero este aire no es preciso que sea el aliento viciado de la multitud. El poeta puede hallar su mantención necesaria en el juicio de aquellos cuyo juicio sabe que es valioso, y esa mantención la tuvo Shelley:

> *La gloire*
> *Ne compte pas toujours les voix;*
> *Elle les pèse quelquefois.*

Mas si tal cosa le era útil para su mantenerse, ni esto, ni el aplauso del presente, ni el aplauso de la posteridad, podían haberle sido necesarios como inspiración: el motivo todo suficiente para que cante un gran poeta es el que Keats expresó:

> *Enseñáronme en el Paraíso*
> *A aliviarme el pecho de melodías.*

Precisamente. El pecho sobrecargado no puede hallar alivio sino es amamantando al bebé cantar. Enemistad ninguna de parte de las circunstancias exteriores, por consiguiente, sino en su naturaleza propia, fué responsable del destino de Shelley.

Un ser dotado con tan gran dosis de la sinrazón de la niñez, y sin embargo, y a la vez, con el don de simpatía que brilla luminosamente en la dulce sin razón del niño, parecería predestinado por su propia esencia a la brevedad de la pompa y del arcoiris, de todas las cosas demasiado frágiles y bellas. ¿Tendría parte en su tristeza sombra alguna de su destino? Es seguro que, por curiosa casualidad, él mismo, en *Julian and Maddalo*, festivamente predijo la manera de su fin. «¡Ajá! Hablas como en pasados años,» le dice Maddalo (Byron) a Julián (Shelley); «si no sabes nadar, cuidado con la Providencia.» ¿No sonaría en sus oídos algún extraterrestre *dixisti* cuando escribía eso? Poco tiempo después, y Shelley, que no sabía nadar, se ahogaba en las aguas de Lerici. No sabíamos cómo afectará esto a los demás, pero en nosotros ha sido una coincidencia que nos ha tiranizado largo tiempo con una inveteración absorbente de impresión (robustecida más bien que disminuida por el contraste entre la trivialidad de la declaración y su cumplimiento fatal)—contemplar así, anunciándose en burlona advertencia a través de los propios labios de su víctima predestinada, al Destino movidos por cuyo aliento agitabánse los cabellos de Shelley en las playas de la Campania. La muerte que él había vaticinado le alcanzó, y Spezzia añadió otro nombre a la dolorosa lista de los Marcelli de nuestro idioma; copas venecianas que se cubrían de espuma y se rompían antes de que el venenoso vino de la vida hubiese subido hasta su borde.

Francis Thompson

(Seguirá próximamente *Shelley metafísico*, continuación de este ensayo).

Carrera Andrade es un poeta joven del Ecuador. Ya bien conocido entre los líricos de habla castellana por sus dos libros *Estanque inefable* y *La guirnalda del silencio*, donde predominaba un «franciscanismo» muy a tono con los antecedentes raciales del autor, la obra que ahora acaba de aparecer en España representa una aportación importantísima para la nueva poesía. No es extraño, pues, que Gabriela Mistral, la gran poetisa, salude en el prólogo a una voz nueva en la literatura hispanoamericana. La Mistral califica a Carrera de poeta indofuturista, definición que le cuadra exactamente porque sus poemas tienen la raíz oriental precolombiana y la expresiva metáfora moderna encajada en la forma libre del verso reciente. «La lengua de que se vale para la prueba—dice la prologuista—está terciada de ingenuidad, de atrevimiento y de una soltura de lazo indio. La ingenuidad la pone en el tijereteo simplista de las figuras; la soltura le viene de dejar hablar al indio su lengua abélica; el atrevimiento salta en la metáfora 1930. Tal vez la entraña definitiva de su poesía sea este indianismo, que se le volverá menos bizarro a medida que se le haga más cotidiano».

La actuación de lo primigenio en Carrera Andrade al combinarse con sus impresiones del paisaje moderno ofrece cualidades de interpretación original de la vida en torno. Por ejemplo, en el *Saludo de los puertos*, se junta la emoción de lo industrial cosmopolita con la evocación intensa de lo primitivo y lejano. Desde el «Amsterdam de chocolate» y el «Hamburgo azucarado de nieve» invoca al «hombre del Ecuador, arriero, agricultor en la tierra pintada de dos climas, conductor de ganado sobre la cordillera, vendedor de mariscos y banano». Sobresale también el *Encuentro de Barcelona*, donde «Barcelona sale al mar con chimeneas de hierro y sardanas de cristal.» Es indispensable anotar, por fin, la solidaridad de la poesía de Carrera Andrade con el moderno movimiento de la literatura revolucionaria. Sin que se evaporen las esencias de su poesía pura, él habla de «La extrema izquierda». «Tienes razón, cigarra obrera, de minar el estado con tu canto profundo. Los dos formamos, compañera, la extrema izquierda de este mundo.»

José Díaz Fernández

(De *El Sol*, Madrid.)

Con residencia en España—ecuatoriano de origen—Jorge Carrera Andrade ha dado a la imprenta, hace poco, una colección de poesías, *Boletines de Mar y Tierra*, en que no se sabe qué preferir, si la frescura del temperamento o los rigores a que una técnica personalísima lo somete. Algunas composiciones—*Biografía*, por ejemplo, o *Saludo de los Puertos*—están muy eficazmente logradas y recuerdan, sin filiación imitativa, la noble humildad poética de Jules Supervielle

en los volúmenes anteriores a *Le Forçat Innocent*,

Jaime Torres Bodet.

(*La Gaceta Literaria*, Madrid.)

«Así se anuncia el arte continental de mañana y la auténtica emoción nuestra, toda nueva en su luz futura».

Manuel Ugarte.

«Ha sido uno de mis placeres de vuelta leer sus encantadores poemas y mirar por su «ventana que nació de un deseo de cielo».

«Ya voy sabiendo de memoria sus *Microgramas*. La «*Nuez: tortuga vegetal*» lo habrá dejado bizco de envidia a Jules Renard.»

Max Daireaux.

«Crea que me complace encontrar en usted un verdadero poeta, a la vez moderno y personal. Hallo en sus poemas nobles y puras realizaciones y halagüeñas promesas de una obra futura.»

Enrique González Martínez.

«Por encima del «boletín» de Gabriela Mistral, creo en sus poemas, completamente nuevos y sin rotulado de escuelas. Su talento es sólido, su calidad de poeta y sus concepciones modernas acerca de la poesía están demostradas en esa obra que acaba de publicar. Bienvenido al amplio puerto de la literatura de hoy y de mañana, nunca de ayer, su tipo marinero que da pie firme a la integral figura de Jorge Carrera Andrade.»

Carlos María de Vallejo.

«De los poetas de vanguardia de nuestra lengua, uno de los que llega a dar las notas más intensas, quizá las notas supremas, es Carrera Andrade.»

César E. Arroyo.

«No puedo silenciar mi admiración por sus poemas, verdaderos aciertos, casi milagros de la más pura, sintética, *creada* poesía. Esta admiración nació en mi hace ya tiempo cuando *El Mercurio* de no sé qué mes publicó el artículo de la Mistral con la citación casi íntegra de sus *Microgramas*.

Ahora su libro me da la ocasión de conocer tantas otras cosas bellas como esa *Mercadería Oceánica*, *Boletines de Viaje* y esas dos obras maestras que son *Biografía* y *Poema Hidrográficos*,

Creo que del último tiempo ningún libro de poemas ha cautivado más mi sensibilidad que éste.

Juan Marín.

Si le interesan los *Boletines de Mar y Tierra*, solicítelos al Adm. del *Rep. Am.* Precio: ₡ 3.00

Por decoro y por humanidad deben cerrarse las puertas de la Fábrica Nacional de Licores

=Conferencia leída en el Congreso Nacional del Niño: 26 de abril a 2 de mayo del año en curso. *Envío del autor*=

Señoras y Señores:

Sin pretender aportar las más insignificante luz al seno de este ilustre Primer Congreso Nacional del Niño, vengo, cumpliendo con el llamado de la Comisión Organizadora, a decir en forma sencilla, lo que la conciencia me dicta en relación con este problema fundamental.

Imposible sería hacer, dentro de los límites indicados para estos trabajos, la descripción completa de las terribles consecuencias que en todo sentido le acarrea a la sociedad, el alcoholismo. Verdad sabida es, que entre los más grandes enemigos de la humanidad, están los vicios, y que, entre los más funestos de ellos, está el alcoholismo, verdadero agente de la degeneración social, que día con día va degradando al ser que a él se entrega ciegamente, y va originando nuevos motivos de sufrimiento para quienes, obligados por las circunstancias, tienen que soportar el espectáculo vergonzoso del ebrio. Y eso nada significaría, si sus efectos no trascendiesen al niño inocente que viene al mundo cargado de males hereditarios, y no fuese fuente segura de necesidades y de constante inquietud para las familias. El hijo del alcohólico lleva siempre la amenaza de heredar el vicio de su padre, y la mayor parte de las veces es un degenerado que desde muy temprana edad puede comenzar a sufrir de convulsiones, de locura, de epilepsia, de histerismo, de idiotismo u otras enfermedades similares, y es además un seguro predispuesto a la tuberculosis y un candidato al suicidio.

Hay muchos hogares que viven bajo la impresión de un verdadero suplicio. Quedan en el secreto los profundos lamentos de multitud de seres que directa o indirectamente son azotados por tan implacable destructor. Poderoso estimulante de la criminalidad en sus más brutales formas, hace pensar a los hombres de estudio en la necesidad de implantar mejores medios de defensa social, que alejen del vicio a quienes a él se sientan inclinados, y que sirvan para robustecer la moralidad de los pueblos.

En una palabra: las bases de la sociedad se han ido minando en forma tal que ya amenazan ruína, a consecuencia de este vicio. Y contemplando el espectáculo de nuestro país, pienso con dolor en el grave indiferentismo que ante los problemas vitales de la Nación reina por todas partes; y pienso en esa tendencia a seguir la línea del menor esfuerzo que caracteriza a nuestros hombres, porque el alcoholismo, engendra seres abúlicos, y pueblos de componentes abúlicos, son pueblos incapaces de perfeccionarse e impotentes para resistir las durezas de la vida, y para evolucionar al calor de principios de moralidad y de actitudes edificantes.

Ahora bien: si el alcoholismo destruye la *salud moral y física* del pueblo, obligación es afirmar que la función fiscal de la Fábrica Nacional de Licores, constituye una gravísima responsabilidad nacional, y que tanto los Gobiernos como la sociedad entera, son culpables en parte de la existencia de ese centro, que estimulando el vicio, percibe los recursos para el sostenimiento del Estado, en forma que ya significa un verdadero cáncer social, que de una vez por todas debiéramos jurar extirpar, buscando antes, eso sí, los medios de sustituir la renta que ella produce, por otros sistemas de ingresos que no impliquen mancilla para el costarricense.

Es cierto que en diferentes ocasiones nuestros hombres de gobierno y otros destacados elementos han tratado de resolver este importante problema, y que a estas horas existe cristalizada su noble inquietud, en leyes de la República; pero también es cierto que no basta con que se promulguen leyes, que si ellas no encuentran vida en la conciencia pública, quedan relegadas a la categoría de simples leyes escritas e inútiles, como tantas que abundan en la legislación patria.

La ley número setenta y siete de treinta y uno de julio de mil novecientos veintiocho, estableció en su artículo doce, lo siguiente: "Los fondos del Servicio Nacional de Electricidad serán administrados por el Banco Internacional de Costa Rica. Una vez que las utilidades líquidas alcancen por un año una suma igual a la renta líquida del monopolio de licores, dejará el Gobierno de ser fabricante y vendedor de éstos con fines fiscales, conservándose ese monopolio únicamente para fabricar y suministrar el alcohol para usos industriales y medicinales".

Pero esa disposición legal nada significará en el futuro, si no se lucha tenazmente para que la idealidad del legislador llegue a convertirse en una realidad.

Los costarricenses están moralmente obligados a resolver el grave problema del alcoholismo, dándole vida a la ley citada, para que mañana no se diga que saben darse leyes admirables, pero son incapaces de hacer que ellas se cumplan, y de realizar en la práctica, lo que en el pensamiento conciben.

Ya es tiempo de que los hombres de gobierno demuestren que son sinceros en sus actitudes y que las leyes que prohijan, lejos de descubrirlos como veleidosos, sirvan más bien para consagrarlos en las páginas de la historia patria. Demuéstrese que para una empresa de esta magnitud, sí están los esfuerzos y el dinero, disponibles, no para exponerlos en aventuras políticas, sino para ofrendarlos en servicio de la salud de la Nación. Que cada ciudadano se disponga

Mariátegui

= *Envío del autor* =

José Carlos Mariátegui, escritor de genio surgido de la clase media y ampliamente reconocido desde su juventud por la propia intelectualidad burguesa, puso, sin embargo, su vida toda al servicio de la Revolución proletaria.

Valientemente tomó su puesto *como combatiente* en las filas del proletariado revolucionario. Sujetó por entero su ideología y su acción, a la disciplina del partido que organizara Lenin y del cual fue no solamente uno de sus mejores teóricos, sino también el agitador y organizador directo de las masas trabajadoras del Perú.

A diferencia de la inmensa mayoría de los intelectuales izquierdizantes (muy numerosos en la América Latina), el intelectual Mariátegui, como Julio Antonio Mella, no se limitó a *ver los toros desde la barrera* sino que *marcó el paso* bravamente con los trabajadores en su penosa marcha ascendente de todos los días.

Esa actitud suya explica fundamentalmente la fuerza de su obra ideológica, expuesta en diversos libros y continuadamente en su revista *Amauta*. Su obra constituye así la aportación más trascendental en deducciones y conclusiones Marxisto-Leninistas para la aplicación de la lucha revolucionaria en la realidad de los países de la América Latina.

Los trabajadores de la América Latina deben recordar a José Carlos Mariátegui, en este primer aniversario de su muerte, como a uno de sus mejores maestros y guías desaparecidos; y los intelectuales y estudiantes que quieran luchar *en serio* por la revolución deben tener en su recuerdo el mejor ejemplo.



A. Siqueiros

México, Taxco, abril de 1931.

---

a colaborar en esta obra, que, cual ninguna otra, servirá para robustecer efectivamente la República.

Si cada año extirpásemos un solo vicio —ha dicho Tomás de Kempis—pronto seríamos perfectos.

Comencemos, pues, extirpando el alcoholismo de nuestro seno social, para luego encaminarnos a la perfección y tener entonces derecho de rendirle culto al niño, conscientemente.

Conclusiones prácticas:

Significando el alcoholismo un agente de la degeneración humana, ya que científicamente está comprobado que sus efectos hereditarios son desastrosos, si se pretende proteger a la infancia en forma efectiva, debe combatirse enérgicamente ese vicio hasta llegar a eliminarlo por completo. En Costa Rica, por consiguiente, ninguna gestión de protección social en tal sentido, será eficaz, mientras no se comience por cerrar la Fábrica Nacional de Licores.

No puede haber fuerza moral para combatir una tendencia viciosa, cuando el Estado es el primero en fomentar el vicio. Pero como no se puede pretender quitar la Fábrica mientras no se tengan los recursos necesarios para reemplazar la renta que ella produce, obligación de todos es buscarlos. Y bien, existiendo como ley de la República la nacionalización de las fuerzas eléctricas, precisamente como cristalización ideal para llegar a tan nobles fines, deben hacerse cuantos sacrificios sean del caso para que la explotación de esas fuerzas, que el legislador con santa previsión ha declarado *inalienables y del dominio del Estado,* llegue a constituir una poderosa fuente de entradas fiscales. Será hasta entonces que pueda pensarse en sentar sólidamente las bases de una sociedad, que en vez de vivir estimulando el vicio, dé el ejemplo de un pueblo que sabe vivir de su trabajo, dedicado a la explotación de sus fuerzas naturales, engendrando vida, en vez de sembrar la semilla de la desgracia, como se hace ahora.

Si los hombres de ayer pudieron construir una Fábrica Nacional de Licores, los de hoy están imperiosamente obligados a levantar cuantas plantas productoras de electricidad se requieran para que con su explotación puedan llegar a obtenerse las entradas fiscales indispensables para reemplazar las de la Fábrica. Nada hay imposible para el hombre cuando el ideal impulsa sus anhelos; y por imposible que en los actuales momentos le pareciere eso a los costarricenses, no debe olvidarse que en esta cruzada se defiende el honor de la República y el bienestar de las generaciones venideras.

El Patronato Nacional de la Infancia debe predicar en todas formas ese ideal, movilizando en su favor los ejércitos de niños: que ellos desfilen sin cesar pidiendo a sus dirigentes de Estado, la inmediata resolución del problema del alcoholismo.

Debe formularse un plan de inmediata explotación de la electricidad con dineros suplidos por los costarricenses. Que lleguen esos dineros voluntariamente a las arcas del Estado, o que éste los consiga en la forma que lo crea conveniente, aquí o en el exterior.

Los monopolios de Estado podrán tener cuantos inconvenientes se le quiera señalar, pero cuando un monopolio como el de la electricidad, se establece con los altos fines con que se ha hecho en Costa Rica, entonces es la salud del pueblo lo único que debe imperar como mandato supremo. Que cada planta que se construya signifique un sagrado símbolo de libertad y de progreso; y que cada bombilla de la Nación, que alumbre, sea un reflejo de nuestra soberanía, porque sólo son soberanos los pueblos que con sus propios recursos resuelven sus grandes problemas. Y a toda crítica en este sentido, opóngase la imagen del niño degenerado, que a la herencia alcohólica debe su desgracia y que a la sociedad indiferente, debe su herencia.

Hay otro monopolio que puede usarse como medio para combatir el alcoholismo: es el que ejerce el Banco Nacional de Seguros. En el artículo once de la ley constitutiva de esa Institución, número doce de treinta de octubre de mil novecientos veinticuatro, se establece que el setenta y cinco por ciento del producto líquido que de ese monopolio se obtenga, se destinará a la construcción de caminos. Los caminos, se ha dicho, son arterias de la civilazación; pero un pueblo que vive en parte de la explotación del vicio, esparciendo por todas partes la degeneración, no tiene derecho a disfrutar de ese aspecto de la civilización, mientras no haya conquistado palmo a palmo los senderos que conducen a la perfección del alma.

Debe por consiguiente reformarse dicha ley, estableciéndose que una parte considerable del producto líquido del monopolio de seguros, se dedicará, junto con el producto que se llegue a obtener del monopolio de la electricidad, a sustituir las entradas de la Fábrica Nacional de Licores, para que algún día podamos saldar la deuda que tenemos contraída con la Moral, cerrando las puertas de ese Centro, y en su lugar erigiendo una Escuela majestuosa, que dé a la República ciudadanos sanos de cuerpo y de alma, dispuestos en todo momento al sacrificio por el bienestar de su Patria y erguidos siempre en actitud de vigalantes de la soberanía, de la libertad y del progreso.

Jorge Calzada

29 de abril de 1931.

Canales Interocéanicos: Panamá y Nicaragua

En los momentos agitados en que me disponía a embarcar para América fuí honrado en Marsella con la circular de la *Liga de Reconciliación* conteniendo las preguntas de la encuesta abierta entre los escritores hispanoamericanos, acerca de los siguientes puntos:

I.—Tratado Bryran-Chamorro;

II.—Un nuevo Tratado sustitutivo del anterior;

III.—Cuestiones generales relacionadas con el proyectado Canal Interoceánico Nicaragua.

Contesto a la *Liga* por el órgano ilustre de *Repertorio Americano*, desde el mar de Colón, en ruta hacia nuestra América, y con el alma y todas mis potencias lanzadas hacía ella.

Las circunstancias viajeras en que escribo, y la cantidad y calidad de las respuestas que supongo afluirán a *Repertorio*, me imponen el ser ceñido y breve en mis juicios, que sobre las cuestiones planteadas, se resumen así:

I.—*Tratado Bryan - Chamorro.* — Este afrentoso pacto es ilegal y completamente írrito, ya que para que las obligaciones sean reconocidas y surtan efectos en derecho es necesario, es indispensable, que tengan objeto lícito y no vulneren intereses de terceros. Este mal llamado y malhadado Tratado tiene un objeto monstruoso, inmoral, como es la enajenación de la soberanía y de parte del territorio de un pueblo débil a otro poderosísimo con el fin de que este ejecute una obra gigantesca con un declarado objetivo guerrero, cuando ese mismo pueblo por otro Tratado, éste sí luminoso, universal y válido, ha declarado a la Guerra *fuera de la Ley*.

Además, el Tratado Bryan - Chamorro hiere derechos de terceros al pretender entregar para base naval de los Estados Unidos de Norte América, el Golfo de Fonseca del cual son ribereñas y condóminas las Repúblicas de Honduras y El Salvador; y porque, por otra parte, puede privar a Costa Rica de sus derechos de libre navegación en el fronterizo río de San Juan.

Estos flagrantes atentados contra derechos vitales de esas tres naciones, que no sólo no han intervenido sino que han protestado contra ese infame pacto, ha sido condenado por la Corte de Justicia Centroamericana, supremo Tribunal definidor en el Derecho en esa parte del Continente.

Y por si todo esto fuera poco, el inaudito instrumento adolece de un vicio que en Derecho Civil se denomina *Lesión enorme*, y que por sí sólo basta para invalidar un convenio. Dar tres millones de dólares por la soberanía de Nicaragua y por parte de su territorio y por el Golfo de Fonseca y por la exclusiva para construir el Canal, es tan absurdo como querer dar tres centavos por la ciudad de Nueva York, y tan nefando como la venta por treinta dineros del Divino Maestro.

LIGA DE RECONCILIACION

(Fellowship of Reconciliation)

San José, Costa Rica,

17 de Enero de 1931.

Señor Don

....

.P

Muy distinguído señor:

Es bien probable que en el curso de este año el Congreso de los Estados Unidos trate de manera definitiva el proyecto de construcción de un canal interoceánico por Nicaragua. En redor de este asunto hay opiniones muy diversas que, en la América Latina, sería deseable cristalizar. En los Estados Unidos pesa cada vez más la opinión latinoamericana, y conviene que el Congreso norteamericano pueda, para ilustrar sus deliberaciones y llegar a una conclusión que sea justa para con el continente contar con la opinión pública latinoamericana más esclarecida, sobre los siguientes puntos o cualesquiera además de ésos que usted sugiera:

I.—*El Tratado Chamorro - Bryan:*

a).—Validez de este Tratado.

b).—Interpretación de dicho Tratado.

c).—¿Cómo deben solucionarse los conflictos originados, con motivo de dicho Tratado, entre los Estados Unidos, por una parte, y las Repúblicas de Costa Rica, El Salvador y Honduras, por otra?

II.—*Un nuevo Tratado:*

a).—¿Se necesita o no un nuevo Tratado? ¿Entre quiénes?

b).—Si es necesario, ¿cuáles deben ser sus puntos esenciales con relación:

1).—A los derechos y al bienestar de Nicaragua; y

2).—A los derechos y al bienestar de las otras Repúblicas de Centroamérica?

III.—*Cuestiones generales:*

a).—En vista de su importancia para todo el continente como vía de comunicación y transporte, ¿debe el nuevo canal ser del dominio exclusivo de los Estados Unidos de Norteamérica o empresa bajo el dominio internacional? En este último caso, ¿qué clase de dominio internacional aconseja usted?

b).—Adoptada cualquiera de las dos alternativas arriba indicadas, ¿debe fortificarse o no este nuevo canal?

c).—¿Qué estipulaciones deben establecerse referentes al tránsito por el canal?

d).—¿Cómo deben resolverse los problemas obreros, y los del comercio que presente la construcción y mantenimiento del nuevo canal?

Repertorio Americano, semanario continental, generosamente ha abierto sus columnas, haciendo suya esta encuesta, para la publicación de las respuestas que se reciban y de los documentos e informaciones que puedan ilustrar la opinión para formarse juicio sobre estos problemas. Rogamos a Ud. dirigir su respuesta al Sr. Joaquín García Monge, Director de *Repertorio Americano*, San José de Costa Rica.

De usted con el mayor respeto,

por la LIGA DE RECONCILIACION,

Carlos Thomson,

Secretario en la América Latina.

II.—*Un nuevo Tratado.*—Si las necesidades no ya de la guerra, sino los imperativos del progreso humano hacen necesaria la alteración de la Geografía, modificando nada menos qne la obra de Dios, ¿qué duda cabe de que el Canal de Nicaragua debe construirse? Pero, entiéndase bien, después de una franca licitación mundial a la que acudan todas las naciones que se sientan con alientos y recursos para tamaña empresa. Si en esta licitación hecha con todas las garantías, triunfan el capital y la técnica norteamericanos, sean ellos, en buena hora, los que construyan el Canal; pero ha de ser sobre la base de constituir una empresa con fines esencialmente pacíficos; salvando la independencia intangible de Nicaragua, y dejando a cubierto, de manera equitativa y justa, los derechos legítimos de esta nación y de las otras de la América Central.

III.—*Cuestiones generales relacionadas con el Canal de Nicaragua.*—Parece evidente de toda evidencia la importancia que no sólo para la América sino para la humanidad tiene la nueva ruta que acercará a las razas y a los pueblos. Se trata de una obra mundial, que por serlo, no puede caer bajo el dominio político de una sola Potencia. Respetando exquisitamente la soberanía de Nicaragua sobre la integridad de su territorio, y quedando el dominio puramente civil y económico sobre la obra del Canal para la nación o consorcio de naciones que la hayan realizado, se evitarían celos y recelos, motivos de encono, incubadores de la guerra entre los pueblos poderosos.

Nada debe construirse para la guerra que todo lo destruye. Si el nuevo Canal va a ser para la Guerra, muera en proyecto el nuevo Canal.

El corte gigantesco que vuelva a poner en comunicación otra vez a los océanos debe estar destinado a unir a los hombres de buena voluntad. Nada de fortificaciones. Nada de puntos estratégicos de ataques y defensas. La obra colosal debe ser realizada por la ingeniería civil, no por la ingeniería militar. Y por el Canal deben tener paso libre las naves de todas las banderas; y gratuito, además de libre, con los mismos derechos que los de la nación o naciones constructoras, las de Nicaragua, Costa Rica y de las otras naciones Centroamericanas que directa o indirectamente hayan contribuído a la realización de la obra.

Los problemas obreros y económicos que susciten la construcción y el mantenimiento del nuevo Canal deben resolverse con arreglo a la legislación de Nicaragua, aplicada por sus tribunales, pudiendo apelarse a la Corte de Justicia Centroamericana; y, en última instancia, a la oficina Internacional del Trabajo cuyo fallo sería inapelable.

Según nos manifiesta Mr. Carlos Thomson en su circular, «en los Estados Unidos es cada vez más oída la opinión latinoamericana». Si esto fuera verdad ¿cómo es posible que todavía mantengan los Estados Unidos, fuerzas de ocupación en Nicaragua, con el fin de sojuzgar a un pueblo débil, asegurándose a mansalva la ejecución de un Tratado que a los mismos Estados Unidos les horroriza como una acción vitanda?

Mientras permanezcan en Nicaragua las fuerzas yanquis, que al fin se irán, no porque lo reclame el mundo entero, sino porque acabará por echarlas el heroico y calumniado Sandino, los escritores de América no debíamos ni contestar a esa encuesta, pues no puede haber reconciliación mientras haya ocupación. Pero ya que hemos trazado estas notas, vayan en ellas, aunque vayan al viento, nuestras opiniones francas y libérrimas.

César E. Arroyo

En el Océanico Atlántico, rumbo a América, Marzo de 1931.

A los intelectuales españoles

= *Envío de J. M.* =

Compañeros:

La actitud de la intelectualidad española frente a la realidad política de los últimos años, nos da ocasión y ánimos para dirigirnos a ustedes en demanda de una acción que, con nuevo y generoso sentido de los deberes cívicos, tanto interesa a España como a Cuba.

No pueden ignorar ustedes que en estos momentos se ultima en Madrid un monumento a Cuba y al General Machado. El Gobierno del General Primo de Rivera, reincidiendo en el vacuo hispanoamericanismo oficial—manto de más de un interés ilegítimo y oportunidad de grotescas vanidades—patrocinió el proyecto de erigir ese monumento. Las adulaciones lamentables que en Cuba y en España tienen el poder trabajaron con miras de pequeño egoísmo en esa inoportuna glorificación. Si una labor enérgica no lo impide, verá Madrid honrado de manera extraordinaria a uno de los presidentes americanos que merece, con más títulos, la repulsa y la condenación de los pechos honrados.

Representante, desde su exaltación al alto cargo, de las más reaccionarias corrientes y de los más desatentados despotismos, el período de gobierno del General Machado se ha distinguido por el diario ataque, no ya a los derechos individuales sino a los más elementales respetos humanos. En los últimos tiempos, ante la protesta firmísima de todo el pueblo cubano, la incivilidad y la violencia no han conocido límites. Poseído de la furia de los dictadores iletrados contra la enseñanza y la cultura, Machado ha llenado las cárceles de escritores, profesores y hombres de ciencia, ha impedido por largos días la publicación de los primeros periódicos del país, ha clausurado la Universidad, las Escuelas Normales y los Institutos de Segunda Enseñanza. Sin publicaciones y sin centros docentes, Cuba sufre hoy el momento más doloroso de su vida social.

Si quien maltrata la dignidad del ciudadano y la del hombre, quien persigue al intelectual como a ser nocivo y despreciable, recibe, en el seno de una nación de hermosa tradición jurídica y probada sensibilidad civil, el homenaje de la perpetuación; si los escritores, hombres de ciencia y profesores de España, no impiden la erección en Madrid de la estatua al General Machado, habrá que reconocer tristemente que nada es todavía la conciencia universal que debe hacer del hombre de pensamiento velador y defensor de los altos intereses humanos. Sabedores de lo que ustedes significan en el seno de la sociedad española, va nuestro más esperanzado ruego porque, poniendo a contribución el adecuado esfuerzo, eviten que, al glorificarse en España una gran injusticia momentaneamente triunfante, España y Cuba sufran afrenta igual.

Muy cordialmente de ustedes,

Fernando Ortiz, Juan Marinello, Herminio Portell Vilá, Henry Salazar, Jorge Mañach, Agustín Acosta, Emilio Roig de Leuschenring, Raúl Roa, Rita Shelton, José M. Irisarri, Pablo de la Torriente Brau, Juan Antiga, Pedro López Dorticós, Manuel Bisbé, Mariblanca Sabas Alomá, Tomás Castañeda Ledón, Ofelia Rodríguez Acosta, Flora Díaz Parrado, Conrado W. Massaguer, Gustavo Aldereguía, José Z. Tallet, Otto Bluhme, Virgilio Ferrer Gutiérrez, José Hurtado de Mendoza.

Por el Directorio Estudiantil:

Manuel A. de Varona, Roberto Lago Pereda, Carlos Guerrero Costales, Ramón Miyar, Carlos Prío Socarrás, Raúl Ruiz, Manuel Guillot, Porfirio Pendás, Carlos M. Fuetes, Fernando López Fernández, Ramiro V. Daussá, Rubén León, Rafael Escalona, Aureliano Sánchez Arango, Jesús Menocal, Silvia Shelton, Zoila R. Mulet, Calixta Guiteras, Clara Luz Durán, Sara de Llano, José Morell Romero, Inés Segura Bustamante, Silvia E. Martell.

Glosas

= De *A B C*, Madrid =

Sacudida.—Dan ganas, a veces, de tomar uno a uno a todos los hombres de gobierno, a todos los conductores de opinión política de Francia, de Italia, de España, y sacudiéndoles a la violenta como hace bombero con durmiente pertinaz, insensible todavía a los signos del incendio, cuando tal vez ya operan sus efectos de asfixia, gritarles: «¡Eh, arriba! ¿Pero estáis locos, o sois ciegos y sordos, o qué? ¿No os dáis cuenta de lo que pasa? ¿No descifráis la unidad de sentido de las manifestaciones que a vuestro alrededor se multiplican? ¿Tan distraídos estáis, que podéis entreteneros, sumidos en una especie de pesadilla de burócrata, en descifrar, traduciéndolo a minucias, el alcance de la nueva unión aduanera austroalemana? ¿Tan suicidas, que podéis regocijaros—¡oh, bien pálidamente, por otra parte!—ante este esbozo de alianza y consorcio que hoy se dibuja entre los pueblos del Norte europeo —Suecia, Noruega, Dinamarca, Holanda, Bélgica—, como si sus resultados posibles sólo pudiesen contrarrestar los de la colaboración germánica? Y de Atenas, de la vieja Bizancio—que casi pudiéramos llamar hoy rediviva—, y del mundo de los Soviets, ¿no os llegan noticias, no os llegan señales? ¿Vuestro sueño no ha desgarrado sus velos obscuros aún para abrir vuestra conciencia a esta verdad—clave única de manifestaciones tan distintas y aparentemente tan dispersas—, a esta verdad de historia, de la historia que estamos angustiosamente viviendo: *Ya no hay naciones...!*

Una me queda dentro. Tengo para mi que un hombre entre los vuestros, Francia, Italia, España, entiende todo esto, lo ve claro, ha previsto el curso de los acontecimientos, calcula y prepara su intervención y la de su país en el nuevo drama continental. Si he dicho un hombre—un hombre de gobierno, naturalmente—, si añado que se trata de alguien de talla excepcional, sobrenacional, imperial, ya, Francia, Italia, España, entendéis quién es... Pero el *duce* guarda su secreto. Yo no tengo las mismas razones para guardarlo. Me autoriza, al revés, a decirlo, mi nivel de hombre de la calle; quizá me obligue mi función de hombre de la escuela.

Ya no hay naciones.—No, no tengo por qué callar la evidencia que la realidad circundante me impone de que la idea nacional, el principio de nacionalidades, la afirmación jurídica y práctica de la independencia y aislamiento de las entidades llamadas «Naciones», con su órgano estatal expresivo, con su contorno de actuales fronteras, *ha caducado*, ha perdido cualquier virtud, no sólo en el terreno de la teoría—donde hace tiempo venimos combatiéndolo y anunciando, a la vez, su muerte—, sino en el de la realidad política más concreta. *Naciones*, naciones tal como las concibió la Revolución, tal como las plasmó el siglo XIX, ya casi no quedáis, Francia, Italia, España, más que vosotras. Quedáis, con toda la inferioridad; con toda la debilidad que esta permanencia, ya anacrónica, significa. Quedáis como, en el siglo XVI, en pleno Renacimiento, quedaba tal Ducado suelto, tal Electorado fósil ya, tal entidad feudal recalcitrante, cuando las demás ya se habían absorbido en las grandes Monarquías unitarias, cuando ya el particularismo había cesado, precisamente para engendraros a vosotras, Naciones.

La Edad Moderna os preparaba. (Antes, en la lejanía secular, os había soñado—yo mismo lo he demostrado alguna vez—Juliano el Apóstata, patrón de todo el nacionalismo.) La Edad Moderna os preparaba, la Revolución os definía—aplicación como sois de la tesis del individualismo a la vida de las sociedades.—El Ochocientos ha sido vuestra primavera y vuestro verano. Hoy, vuestra hora pasó.

¿Ha tomado acaso vuestro molde, ha tomado acaso estructura nacional, esta inmensa República de los Soviets, que tanto pesa en los destinos de todos? Inglaterra, ¿no afirma, cada día más decididamente, un contorno imperial, a medida, precisamente, que se ve obligada a albergar en su seno, no ya colonias o provincias, sino Estados autónomos? ¿Ni qué diferencia habrá, en este respecto, entre la Gran Bretaña y los Estados Unidos? El Tratado de Versalles pretendió reducir a Alemania a un contorno estrictamente nacional; hela aquí, empero que desborda el molde. Hela, aquí, dando, con el nuevo *Zollverein*, el primer paso hacia la vasta imperialidad nueva. Ni siquiera estas pequeñas nacionalidades, en que el nacionalismo creyó encontrar su tipo canónico, escapan, ya hemos aludido a ello, a este impulso de superación, Las líneas de un Imperio inédito se dibujan cuando los tres pueblos escandinavos, y los que, en otros tiempos, habían constituído los Países Bajos, entran hoy en colaboradora alianza. En cierto sentido cabe decir que, en la gran mutación actual, ciertas pequeñas nacionalidades reproducen, al unirse así, la actitud que, a fines de la Edad Media, a

principios del Renacimiento—es decir, cuando el otro cambio, cuando el proceso que transformó a los feudos en naciones—, adoptando los municipios libres aquellos racimos de ciudades que entonces articularon sus concordias en ligas anseáticas, en anfictionías del Norte italiano o en conspiraciones por la Casa de Orange.

Los tres países mediterráneos son los únicos, repitámoslo, que se han quedado atrás en el actual trance histórico... Pero, quizá, cuando se den cuenta de ello, se decidirán a ganar el tiempo perdido.

¿Pura retórica?—Es muy fácil, es demasiado fácil—tan fácil como inepto—, el tomar, a todas las tentativas de un desvelamiento de conciencia común en la latinidad como simple y vago ejercicio retórico. Y lo mismo diría en lo que se refiere al ideal hispanoamericano.

En el uno como en el otro caso, la frivolidad no está en la idea, sino en la mente y el corazón que en ella se vierten. Ocurre aquí como en la famosa cuestión de lenguas y dialectos: todo depende de aquello para que sirven las palabras: no hay, en realidad, diferencia filológica objetiva; dialecto forman aquellas palabras en que se exprese un pensamiento dialectal; lengua, aquellas en que se expresen un pensamiento nacional, y todavía cabe algo más fuerte que una lengua, cabe una «sobrelengua», la que llamo yo «un *arquiloquio*»: el habla en que un pensamiento universal ha tomado vehículo.

¿Os contentáis repitiendo con la latinidad, con el hispanoamericanismo, el juego inocente de las bendiciones recíprocas, el golpe de los juegos florales? Pues, claro que una y otro se quedarán en retórica pura.

Pero, aplicad a cualquiera de estas dos fórmulas una verdadera voluntad de Imperio. Y veréis arder, de pronto, el mundo, y resplandecerá el Espíritu a nuestros ojos.

Eugenio d'Ors

Estampas

= Colaboración directa =

La superstición del gobernante insustituible

Más políticos estériles y serviles, no. Necesitamos un estadista nuevo

Hagamos pedazos la servidumbre del prosélito

Nos gusta Gracián, por profundo, por universal. Su conocimiento del hombre no define un sér de ésta o de aquella época, sino de todos los tiempos. Cuando necesitamos encontrarle explicación a alguna aberración humana, acudimos a él y en algún lugar de sus nutridas páginas damos con el párrafo breve y conceptuoso. «Salen otros del torno de su barro ya destinados para la servidumbre de unos espiritus serviles, sin género de brío en el corazón, inclinados al ajeno gusto, y ceder el propio a cuantos hay». Reflexionábamos en los sucesos de la política criolla y la causticidad de Gracián se la aplicábamos a la chatura con que ciertas gentes quieren tratar el gobierno de la república. No elevan un milímetro el concepto del hombre de estado. El país esta condenado a continuar en la estúpida y funesta rutina de tantas décadas. No cabe la renovación de unidades mientras la muerte no extienda su piedad dejando libre el campo. En vano cambian los problemas del mundo entero. Para nosotros no deben existir otros que los de hace veinticinco o cuarenta años. Que los trate la mente cansada, rezagada, sin reserva alguna de vigor, para la que no existe otra preocupación fuera de la de sentirse con poder, que es lo que calma el ímpetu de la vanidad.

Quieren esas gentes empecinadas, difundir el espíritu de servidumbre con el cual se sume en la abyeccción mayor a un pueblo. Y una democracia que pretenda realizar grandes empresas no puede sumirse en esa tiniebla. De aquí que precise ir contra los que están porque retrocedamos. Ha sonado la trompetilla y el deber de los que luchan por el mejoramiento de la República es silenciar esa estridencia. Y para esta tarea grande ha de nacer la conciencia nueva, la que rompa con tanta desgraciada superstición y eleve el panorama de la vida de la nación a un plano superior. La mayor, la más absurda de las supersticiones enquistadas es esa del gobernante insustituible. ¿Qué recuento hace el proselitismo cuando desaforado busca mando para su Zeus destronado? El recuento que procede de la falta de visión, de la incapacidad, del descuido con que son mirados los grandes problemas del país. Se exalta en el político consuetudinario su gran carácter, esto es, su resolución para decir sí en los casos afirmativos y no en los que piden la negación rotunda. Pero eso que el prosélito sorprende como gran virtud para saber gobernar, no hace al estadista. Y lo que necesitamos es precisamente el estadista. Sin este elemento constructivo, no lograremos avance alguno. El político y el estadista son dos seres diferentes. El primero es lo que Gracián llama espíritu servil. Por una psicología rudimentaria conoce los centros de halago de quienes le hacen coro y se dedica a revelar todos aquellos gestos que fortalezcan las aberraciones del prosélito. Se le ve erguido y como si nada lograra variarle su altiva disposición para el mando. Mas en lo que hace y dice, está imponiendo dirección el cálculo servil. Ningún paso da obedeciendo a un principio de fidelidad con ideas propias. Ese no y ese sí que trastornan al espiritu mínimo son inspiración ajena, es decir, inspiración del mismo prosélito. Es una vida tiranizada por el coro de mediocridades. De ahí que sea una vida servil, porque su actitud constante es la del gesto halagador. El carácter de que la creen poseída esta muy lejos de destacarla con todos los perfiles del estadista.

Y si es funesto el servilismo del político censuetudinario que equipara por grande hombre, también esa maldición vuelve apestoso al proselito. La servidumbre del prosélito no da paso a la gente nueva. Tan obtusa es para el influjo de las corrientes de renovación que transforman el mundo, que clava la cabeza en el barro de una terquedad maldita para no oír ni ver. Gentes sin brillo en el corazón, dice el lenguaje expresivo del filósofo. Se ha apagado en ellas lo que hace posible en el hombre la libertad, es decir, su contacto con la luz. Fuera de la penumbra en que a ratos los deja moverse el político servil, no conocen resplandor alguno. Allí crecen y procrean sin poderse dar cuenta de que el país necesita el influjo de la gente nueva. Por eso niegan que haya nadie capaz de gobernar con sabiduría a excepción del político de carácter. ¿Para qué cambiar los procedimientos de gobierno, si el país sigue una tradición quieta y sin conmociones? Por otro lado, con el político tienen ellos oportunidades de llegar a puestos desde los cuales se haga dinero o se conquiste fama. No hay más inquietudes en el corazón apagado del prosélito. El político lo ha nutrido de esas limitaciones, lo ha armado para el escalamiento. Grita con pasión primitiva por el regreso del político y deshaucia al país si no implora de nuevo su gobierno.

¿Podremos librarnos de la servidumbre de que quiere prendernos el prosélito? De nosotros depende. Si miramos esta lucha como todas, con indiferencia, sin

comprometernos, metidos en el hueco de nuestras casas, el regreso del político funesto es inminente. Y el decoro del país exige darle oportunidad a la gente nueva. La multitud de problemas que el mundo ha creado no puede hallarnos gobernados por el mismo cetro ludido y acardenalado. No proclamamos el paso a todo elemento, pero sí la ida definitiva de esos espíritus sin luz que ofrecer. No nos neguemos a exaltar con austeridad los valores nuevos. Sólo los que estén libres de la esterilidad del prosélito pueden librar la lucha para que surjan unidades creadoras. El país tiene elementos de gran valor. Y es hacia ellos hacia donde debe ir nuestra aspiración política venidera. Es un crimen que permanezcamos rumiando ese forraje insulso que nos hace compartir la servidumbre del prosélito.

Pensemos en uno solo de nuestros grandes negocios, de los grandes negocios de la nación, en el de la electricidad nacionalizada. Si abandonamos el gobierno al político servil, ponemos en el camino de una tempestad arrolladora todas las leyes que aquí se han dado para defender la electricidad como bien común. El político no sabe de lo que ha de ser el mundo dentro de pocos años. O si lo presume, no le importa, ya que él va aceleradamente al sepulcro del cuerpo después de haber pasado el de las ideas. La electricidad nacionalizada es para el político una demencia con la que hay que terminar. Los intereses privados son los que tienen capacidad y grandeza para desarrollar esa energía de usos incontables. No puede el político salir de sus limitaciones y clama por una regresión a la cual ningún país avanzado puede volver sin afrenta. Y lo que hoy contamos como una gran adquisición, sufrirá al día siguiente no más de que coja mando el político, los ataques que lo vuelvan ruina y miseria. Nada lo librará de la furia enconada. El político vive envenenado como consecuencia de la disposición servil que ha tenido que crearse para sostener prosélitos. Y ese encono es feroz y sigue su curso de destrucción en cuanto no más tenga el Poder que lo respalde.

Pensemos en que para reducir a Costa Rica a la esclavitud del dominio eléctrico de la Electric Bond And Share Co., esta compañía ha puesto a su servicio cuanto elemento humano ha podido contratar. Allí están las campañas de prensa contra la nacionalización de la electricidad, revelando como cuando el sanatismo quiere avasallar a un país, hace que los hombres de ese país lo condenen y le desprestigien sus leyes previsoras. No podemos encontrar en esos hechos un simple motivo de reflexión filosófica. Debemos armarnos para una lucha recia y buscar la defensa que haga imposible todo asalto contra las leyes visionarias. Debemos ir contra el político y contra el proselitismo que son las dos fuerzas funestas que conspiran contra la libertad de un país. Nuestras conciencias gritan contra toda servidumbre y urge que no se ahogue el ímpetu de esa expresión bienhechora. Lo que tenemos conquistado que sea conquista eterna. Librémonos del político servil y matemos la superstición creada a su alrededor, de que es un estadista. Librémonos del prosélito, de su servidumbre desgraciada, de su corazón sin brillo. El país pide el gobierno de la gente nueva. Y hay que empeñarse en su advenimiento.

En mucho de lo que afirmamos sólo hay aspiración vehemente, pero hay que trabajar con fe y no abandonar ni un instante la actitud vigilante. Sólo así tendremos derecho a pedir que el país conserve su libertad y guarde para nuestras generaciones presentes y futuras su decoro y dignidad.

Juan del Camino

Cartago y Mayo del 31.

Persiflage

A propósito de los niños

= *Colaboración directa* =

Para don *Juan del Camino*, viejillo de virilidad tan levantada y de apasionamiento tan fogoso que, de haber sido el Deán Swift como él, Varina, Vanessa Stella y Mrs. Dingley habrían sido felices.

Con el cadáver del Deán Swift a cuestas, Juan del Camino pasó frente al Teatro Nacional mientras allí se celebraba el Congreso del Niño.

«Un hombre con un cadáver a cuestas», pensó en voz alta doña Corina Rodríguez de Cornik, «presenta un problema que hay que contemplar.»

En el Teatro Nacional no había una sola mujer en cinta.

Un señor de bronce, con caderas femeninas, se alzaba sobre su pedestal frente al Teatro, y a la seña de su mano Juan del Camino se detuvo.

«Huele mal», dijo la estatua.

«El mal olor», respondió Corina, «presenta un problema más».

Corina se metió al Teatro, se subió al escenario, y dijo tamañas cosas.

Ya tenía comprado su pasaje para irse a Panamá.

Oían su voz, desde fuera, el cadáver del Deán Swift y el hombre de bronce.

El cadáver se había incorporado.

«Yo, siquiera las caderas tengo de mujer», comenzó la estatua. El cadáver le interrumpió: «Yo soy cadáver», dijo, «y a los cadáveres nadita falta nos hace el sexo. Además, yo nunca tuve sexo, y es perfectamente falso que me haya casado secretamente con Stella.»

«¿Pero la amabas?», preguntó la estatua.

«Amaba más a Dingley», repuso el cadáver.

«Hubiera creído que a Vanessa», dijo la estatua.

«A Vanessa no,» dijo el cadáver con cierta dureza. «Vanessa, insensiblemente, se convirtió en mi discípula—yo fuí, y sigo siendo un gran maestro de estilo literario: Smollet, Scott, Hazlitt, Newman, Hilaire Belloc, para mencionar sólo a los más notables, han aprendido conmigo,—y yo, insensiblemente también, me fuí convirtiendo en el objeto de su pasión. Jamás se vió hombre alguno de mi calidad en tal apuro. Vanessa, por perversidad de su carácter, era mujer que más bien que compañero quería tener tirano propio.»

«¡Bah!» replicó la estatua. «En cuanto no más hubieran llegado los hijos, Vanessa hubiera cambiado».

«¡Hijos!» exclamó el cadáver. «Nunca los pude haber tenido. Es decir, si es cierto lo que dicen los biógrafos de mí. La verdad es que nunca los tuve. Por eso pude decir de los niños cosas que aún irritan a los hipócritas que se creen capaces de engendrar en mujer.»

Juan del Camino metió su cuchara de comentarista: «Valdría la pena», dijo, «de decirles esas cosas a los del Congreso Nacional del Niño. ¿Vamos?»

«Yo de aquí no me despego», dijo la estatua. «Hay, además, un olorcillo malo, amigo don Juan, y es mejor estarse uno al aire libre, Ya verá Ud. a Corina salir con dolor de cabeza.»

En efecto, Corina salió en esos momentos agarrándose las sienes. La seguía de cerca la Doctora Clara González.

El cadáver no se daba cuenta de nada. Impasible se puso a decir:

«Modestamente, lo que propondría para evitar que los hijos de padres pobres les sean una carga a ellos y a la patria, es que se les engordara y se les comiera. ¡Debe de ser muy rica la carne de cria-

tura! Fácil de digerir. Hago excepción de los niños de ojos azules. A esos hay que educarlos en la depravación, para bien de la sociedad.»

«¡A mí no me dan aspirina!» gritó Corina. ¡«Aspirinas a mí! Yo voy a demostrar que nosotras las mujeres sabemos sobrellevar el dolor. Y por lo que toca a los niños, que se los coman los hombres, no me importa, pero que les den una muerte decente, tan decente siquiera como la que se les da a las gallinas y a los patos. Lo que yo no puedo permitir es que los hombres nos quiten a nuestros maridos, a nuestros hijos, a nuestros hermanos y se los lleven a la guerra para hacerlos carne de cañón.»

El Dr. Luján era quien le había llevado la aspirina.

«Si antes se les alimenta con leche de calidad mediana,» dijo sentenciosamente el Doctor, «en vez de darles como en las haciendas de Tres Ríos,—que es la tacita de plata de Costa Rica,—agua de dulce, serán buenos soldados y no se dejarán matar».

«No hablemos de soldados», dijo la estatua. «Ya porque uno sea de bronce no quiere decir que se carezca de sentimientos.»

La Doctora Clara González sonreía una sonrisa fina de lámina japonesa. Una sonrisa de tallos de bambú. De entre la sonrisa salió una voz de muchas hojas blancas, en forma de crisantemo. «¿Si la solución será el Socialismo?» decía el crisantemo. Los bambús crujían en el viento como buque de velas en zozobra.

Corina se había vuelto un enorme girasol dorado. Erguida en alto tallo le rendía culto al Padre Universal y a la Paternidad Unica.

Juan del Camino tosió y tosió; abrió, la boca y se puso como a arrojar.

«Su amigo», dijo la estatua. «como que está tísico. Arroja sangre.»

«Le hace daño,» respondió el cadáver, «un airecillo norteño que sopla del Hotel Costa Rica.»

«Efectivamente», dijo la estatua, «hay en el aire un olorcillo malo». ¿Qué quiere usted?

«Pero no es sangre la que arroja» prosiguió el cadáver. «Si vuesamerced observa bien, arroja amapolas.»

Corina volvió en sí y recogió amorosamente la más roja de las flores. Hay que recordar lo que de la amapola y de los niños escribió Alice Meynell:

«El capullo de la amapola, empacado en apretados dobleces por mano tan dura y tan resuelta que los pétalos de la flor jamás nunca pierden los quiebres, es un tipo del niño. Nada, excepto el abrirse la flor, cosa que todavía está en un futuro no existente, puede explicar el estrecho doblamiento del carácter. En ambos flor y niño parece, pero mucho, como si el proceso hubiera sido al revés de lo que fue: Como si cosa terminada y abierta hubiera sido doblada en forma de capullo: De manera tan clara y tan segura están implicado el futuro y puesta de manifiesto la intención de doblar y comprimir.»

Juan del Camino, convertido en San Vicente de Paula, cargaba a un niño y lo apretaba contra su corazón que relucía; de su otra mano colgaba un niñito como de tres años, mientras que cinco o seis rapaces, al hombro las cajas de limpiar zapatos, se asían de los pliegues de su pobre sotana.

«Hay que darles leche», dijo el Dr. Luján, o de seguro se mueren. En Costa Rica están muriendo los niños a razón de uno cada media hora.»

«De los derechos de los hijos naturales nos encargamos nosotras», dijeron a una voz Corina y Clara.

«De Stella han dicho, pero creo que son mis enemigos», dijo el cadáver, «que era hija ilegítima de Sir William Temple».

Al deán parecía volverle aquella demencia que le amargó sus últimos días. Piadosamente cargó Juan del Camino con el cadáver y se fue. Le seguían los limpiadores de zapatos. La chiquillada había llegado escapada del terremoto de Managua. Todos tenían ojos azules. Eran hijos bastardos de los marinos. Sus madres habían muerto aplastadas.

La estatua se quedó sola, luciendo sus caderas a la Whistler: Whistler tenía caderas de mujer y un genio endiablado, también de mujer. Clara y Corina quién sabe que se hicieron.

Persiles

Heredia, Mayo, 1931.

La puerta entornada

Garantías, pero no todas. Libertad de prensa, pero hasta cierto punto. Régimen de sí y no, de mitad y mitad, de medias tintas o de tinto con seltz.

Il faut—dice un proverbio inmortalizado por Musset—*qu'une porte soit ouverte ou fermée*—. Una puerta debe estar abierta o cerrada. La puerta entreabierta corresponde a un ánimo indeciso o flojo. Produce la sensación de algo que no se ha acabado todavía.

La puerta entreabierta dice que el que salió salió distraído o de mala gana. O que el de fuera no se atreve a entrar. O que el de dentro se despide y no acaba de despedirse nunca.

Por una puerta entornada suspiran los amantes y los malhechores. El aire, también: cuando ve una puerta entornada se hace cuchillo. Detrás de una puerta entornada se puede recibir un beso o un golpe mortal.

Con la puerta a medio abrir no se ve bien lo que pasa dentro ni lo que pasa afuera. Supongamos que dentro hay un conciliábulo y fuera una muchedumbre que no se importan nada mutuamente. Mientras no se importen, bien va. Pero supongamos que de pronto la muchedumbre quiere meterse en el conciliábulo, lo cual es posible porque la puerta entreabierta parece una invitación. Entonces hay que cerrar la puerta. Y ocurre una de estas dos cosas: Que la muchedumbre se aguanta y se va. O que no se aguanta y tira la puerta.

Heliófilo.

(*El Sol*, Madrid.)

Imp. Alsina (Sauter, Arias & Co.) San José, Costa Rica